

Selección TERROR

PANICO A BORDO

Clark Carrados

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

502 — La llave del infierno, *Adam Surray*.
503 — La tumba del diablo, *Clark Carrados*.
504 — Dominadas por el pánico, *Ada Coretti*.
505 — Angeles de alas negras, *Clark Carrados*.
506 — La putrefacción de la carne, *Lou Carrigan*.

CLARK CARRADOS

PANICO A BORDO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 507
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 31.568 - 1982
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1982
2ª edición en América: mayo, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

El hombre era joven, no muy alto, aunque ancho de hombros y fornido, y vestía un simple «pullover» negro, con pantalones azul oscuro. Estaba sujeto de los brazos por dos robustos marineros, que aguardaban expectantes las órdenes del capitán del Port of Moon.

Muir Conroy se preguntó qué suerte le haría correr el capitán del barco, en el que había embarcado como polizón. Le enviaría a la cocina a pelar montañas de patatas, le haría baldear la cubierta, limpiar las letrinas... no serían trabajos agradables, seguramente. Haría las faenas más detestadas por la tripulación y tendría que resignarse a sufrir humillaciones sin cuento, hasta que lo desembarcasen en algún puerto.

Lo malo era que el puerto más cercano estaba al otro lado del Pacífico, en Hong-Kong, que era el destino del Port of Moon. Porque, aunque la costa americana se hallaba sólo a unos pocos de cientos de millas de las hélices del barco, estaba claro que el capitán no iba a dar media vuelta sólo para deshacerse de un incómodo polizón.

Las máquinas del barco se pararon de pronto. En alguna parte, se oyó el chirriar de unas poleas.

El capitán Studder, llegó, acompañado por el contramaestre. El segundo estaba en el puente, dirigiendo la navegación.

—Está bien, polizón —dijo Studder—. Quisiste hacer un viaje de recreo gratis y a fe mía que lo tendrás. En mi barco no tolero vagos ni parásitos, ¿me ha entendido?

Conroy emitió una sonrisita de conejo.

—Estaba sin trabajo y no había conseguido enrolarme en ningún barco, así que pensé que tal vez en el Port of Moon, podría...

—En mi barco, no —contestó Studder—. Ahora bien, como no quiero que digan de mí que soy un hombre duro y sin compasión, he conseguido que te enroles en otro barco.

—¿De veras capitán? —preguntó Conroy esperanzadamente.

—Sí, un barco para ti solo. ¡Contramaestre!

—¿Señor? —dijo el aludido.

—¿Está listo el chinchorro?

—Acaban de arriarlo, señor.

Studder chasqueó los dedos.

—¡Abajo con él!

Conroy se quedó estupefacto. Lo que menos esperaba era que lo abandonasen en alta mar. ¿Era que se había vuelto loco aquel hombre?

—Pero, capitán...

—Contramaestre, cumpla mi orden —rugió Studder.

—Sí, señor. Vamos, vosotros, echadlo fuera del barco —ordenó el contramaestre.

A pesar de sus protestas, Conroy fue conducido hasta la borda, desde la

que había sido arrojada una escala de gato. A pocos metros por debajo de él, vio un pequeño bote que se balanceaba en el mar, sujeto al costado del buque por un cabo.

—Polizón, ¿bajas o te bajamos? —preguntó el contramaestre venenosamente.

Conroy intentó un último y desesperado esfuerzo.

—Capitán, no me abandone... No sé navegar... Me moriré de hambre y de sed...

—Hay tiburones —respondió Studder sañudamente—. Si te ves en un apuro, tírate al agua y acabarás en un santiamén. ¡Vamos, sáquenlo de una maldita vez de mi barco!

Conroy adivinó que lo iban a lanzar por encima de la borda y corrió hacia la escala. Instantes después, ponía los pies en el bote.

Alguien lanzó desde arriba la amarra. Conroy percibió el trepidar de las máquinas, que se habían puesto nuevamente en marcha. Agarró un remo, lo apoyó en el costado del barco y procuró separarse de éste lo más rápidamente posible.

El Port of Moon desfiló por su lado, ganando velocidad rápidamente. Conroy vio en la cubierta algunos marineros que le miraban burlonamente. El remolino de las hélices hizo bailar durante unos segundos el frágil esquife, pero luego las aguas volvieron a aquietarse y cesaron los balanceos.

Descorazonado, Conroy empezó a hacer un examen de lo que había en el bote. Dos remos, una lata con diez litros de agua y otra con galleta de munición, eso era todo, aparte de un trozo de lona que estaba doblado en el fondo, cerca de la popa.

Pero no tenia siquiera un mástil para izar una vela. El único medio de propulsión con que contaba eran los remos y su fuerza muscular.

—Remar hasta la costa americana... a cientos de millas —se espantó.

Antes encontraría algún barco que lo recogiese, se dijo. De lo contrario, iba a pasarlo muy mal.

El agua, racionada, podía durarle veinte días y las galletas otro tanto. ¿Y después?

Podría hacer hilos de la lona y en alguna parte encontraría un clavo, con el que fabricarse un anzuelo. Por el momento, sin embargo, hacía buen tiempo, ¿qué pasaría si sobrevenía un temporal?

El mar estaba tranquilo, prácticamente un espejo. Conroy se preguntó cuánto duraría aquella calma. En cuanto hubiese olas de más de un metro, el bote se anegaría y...

Volvió la cabeza. El Port of Moon se hallaba a media milla, acercándose a un espeso banco de niebla, que parecía moverse en sentido contrario. Antes de empuñar los remos, Conroy contempló unos momentos la imagen del buque que se alejaba definitivamente.

Los contornos del barco comenzaron a difuminarse. Luego, casi de repente, se lo tragó la niebla, y desapareció de una manera casi absoluta,

como si jamás hubiera existido.

Conroy se rascó la cabeza.

—Bueno, muchacho, no te quedes ahí parado —murmuró—. Empieza a darle a los remos...

En el Port of Moon, el capitán Studder se hallaba en su camarote, recogiendo algunos objetos, que ponía en una maleta. El contramaestre tocó a la puerta con los nudillos.

—Pase —dijo Studder.

El contramaestre asomó medio cuerpo.

—Todo listo, señor —informó.

Studder sonrió.

—Muy bien, Crabbe —dijo—. Iré en seguida.

—Sí, señor.

El contramaestre se retiró. Studder miró a su alrededor. La niebla favorecía sus planes.

Salvo los hombres de guardia en el puente, el resto de la tripulación se hallaba en el comedor. Dentro de unos minutos, se pararían las máquinas otra vez. Había ya una lancha preparada, con combustible y provisiones suficientes para regresar a los Estados Unidos. Cuando la gente quisiera darse cuenta, él y Crabbe estarían ya muy lejos...

Repentinamente, en lo más profundo del barco, se produjeron dos terribles explosiones.

En el mismo instante, el capitán Studder supo que había sido engañado por los mismos a quienes iba a hacer el favor de hundir el barco, para cobrar la prima del seguro. Aunque no vio lo que había pasado doce metros más abajo, se imaginó fácilmente los efectos.

En la quilla se abrieron dos colosales boquetes, cada uno de más de diez metros de anchura, por los que el agua empezó a penetrar a torrentes. Pero unos segundos después, se oyeron nuevas explosiones.

Los estallidos se produjeron ahora junto a los costados del barco. Las planchas salieron despedidas a enorme distancia.

En el barco, la confusión y el espanto se habían adueñado de todos los tripulantes. Dos explosiones más, hicieron que el Port of Moon se partiera por la mitad, como si hubiera sido una simple caña.

En menos de un minuto, el barco se hundió, arrastrando a todos sus tripulantes al abismo. Los que no murieron instantáneamente, como consecuencia de las explosiones, fueron engullidos por los remolinos provocados por el hundimiento del buque.

Momentos después, no quedaban del Por of Moon otros rastros que algunos tablones viejos y algunas manchas de petróleo que flotaban en la superficie. Pero era difícil que nadie viera aquellos rastros, debido a la espesa niebla que cubría la superficie del océano.

A un par de millas de distancia, Conroy oyó las sucesivas explosiones y se imaginó lo que había ocurrido.

—De buena me he librado —exclamó.

La deflagración de las cargas explosivas y el hundimiento del barco, habían provocado una serie de oleadas, que alcanzaron al bote más tarde. El esquife se agitó durante unos minutos, pero el mar se calmó muy pronto. Y luego, la niebla envolvió al único superviviente del Port of Moon.

* * *

Janis Ward despertó con un horrible dolor de cabeza, la boca seca y un horrible regusto en la lengua, que encontró espesa, como si hubiese cenado algo muy indigesto. Durante unos minutos, permaneció en el lecho, con las manos sobre los ojos, sin atreverse a mover la cabeza siquiera.

Las cortinas del «ojo de buey» que tenía a su derecha estaban descorridas. La luz del sol penetraba a raudales por el orificio circular, pero Janis no reparó de momento en el detalle.

Al cabo de un rato, creyó que podría levantarse y fue al lavabo. El barco no se movía apenas, aunque percibió la distante trepidación de los motores. Abrió el grifo de la ducha y el agua fría tonificó su cuerpo y aclaró su mente de forma considerable.

Minutos después, se secó y se vistió con una sencilla blusa de estilo marinero y pantalones cortos. Calzó sus pies con unas sandalias y buscó la ruta que la conduciría al comedor.

No tenía apetito, pero se tomaría un par de tazas de café. El dolor de cabeza desaparecía con rapidez. Tenía analgésicos en su maletín de mano, pero prefería que el malestar se pasara por sí solo, en lugar de recurrir a la medicina.

Momentos más tarde, estaba en el comedor. Se quedó estupefacta al ver que no había nada preparado para el desayuno.

La mesa estaba completamente limpia, sin manteles, sin un plato ni una taza siquiera. Janis echó una mirada a su reloj y vio que eran casi las once de la mañana.

—Bueno, habrán retirado el servicio —se dijo.

Desconocía la topografía interior del barco, por lo que decidió buscar a algún tripulante, que le enseñase el camino a la cocina. Pediría café al cocinero...

Al fondo, vio una puerta y una escalera que conducía a la cubierta. Janis ascendió los peldaños y se encontró al aire libre.

El *Emmeline* se movía a buena velocidad. Janis frunció el ceño.

Les habían dicho que la navegación se realizaría a vela, pero no había una sola desplegada. Toda la lona estaba aferrada a los mástiles y si el *Emmeline* se movía era debido a la acción del motor auxiliar, que podía impulsar a la embarcación a una velocidad de unos doce o catorce nudos.

La cubierta se hallaba completamente desierta de gente. Janis había esperado ver a los marineros atrafagados en el manejo de las velas o

dedicados al cuidado del barco, pero no se veía una sola alma en cuanto alcanzaba su vista.

Estaba equivocada. De pronto, vio a un hombre inclinado sobre la borda.

Janis oyó unos ruidos significativos. Se acercó al hombre, un pasajero, y le tocó en la espalda.

—Señor Darrack...

El sujeto se volvió y la miró con ojos agónicos.

—Algo de la cena me sentó mal anoche... —gimió.

Sufrió otra arcada y volvió a inclinarse fuera de la borda. Janis oyó los gorgoteos propios del vómito y tuvo que hacer esfuerzos heroicos para conservar la estabilidad de su estómago.

A bordo del *Emmeline* no había médico, pero el capitán, supuso, tendría nociones de primeros auxilios. Claro que la intoxicación, se dijo, no debía de ser gravemente perniciosa. Un día a dieta, con líquidos y zumos vegetales, y se sentirían como nuevos, calculó.

—Pues sí que es un buen principio para un viaje de recreo —murmuró.

Frente a la proa, se divisaba un enorme banco de niebla que se acercaba con enorme rapidez, como un muro gris, que parecía amenazar con tragarse cuanto encontrase a su paso. Janis pensó que muy pronto empezaría a sonar la sirena del barco, para alertar a otros que pudieran navegar por las inmediaciones. El monótono ronquido de la sirena, repetido periódicamente, era lo único que le faltaba para acabar de arreglar la situación, se dijo sarcásticamente.

Al cabo de unos instantes, volvió la cabeza hacia la popa. Entonces, vio algo que la dejó helada.

—¡Señor Darrack! —gritó sin poder contenerse—, ¡No hay nadie en el timón!

Darrack emitió un hondo gemido.

—¿Y qué diablos me importa a mí ahora el maldito timón?

Janis contempló estupefacta la rueda, que se movía con pequeños giros a derecha e izquierda. Antes de que pudiera hacer la menor especulación sobre lo que sucedía, la niebla se arrojó sobre el barco y el sol que iluminaba la superficie del océano quedó totalmente oculto.

CAPITULO II

Al caer la niebla, la temperatura descendió rápidamente. Conroy sintió un escalofrío.

—Muchacho, o remas o te hielas —dijo.

Lo malo era que no tenía sino una idea aproximada de la dirección que debía seguir. Opuesta a la del Port of Moon, naturalmente.

Empuñó los remos y el bote viró en redondo. Conroy ensayó un determinado ritmo de las paladas, no demasiado seguidas, pero más que nada lo hacía por no permanecer inactivo. Sumergido en la niebla, sin poder ver a más de veinte metros de distancia, no quería arriesgarse a perder el rumbo. Cuando despejase la niebla, volvería a ver el sol y entonces podría orientarse.

Conservaba su reloj. Por la hora, sabría la posición del sol y conseguiría encontrar el rumbo apropiado. Las estrellas también le servirían por la noche para orientarse.

—Aunque, desde luego, algo tendré que descansar —murmuró.

La niebla no parecía ceder. Dios sabía cuánto rato duraría, pensó, malhumoradamente. Echó pestes del capitán Studder, pero no tardó en sentir compasión por aquel sujeto que había querido deshacerse de él, enviándole a una muerte lenta, perdido en la inmensidad del Pacífico. Ahora, él y todos los tripulantes del Port of Moon yacían en el fondo del océano. Sí, eran dignos de compasión... aunque por lo que se refería al capitán...

—El se lo había buscado —rezongó.

Repentinamente, en el intervalo entre dos paladas, creyó oír un ruido que sonaba a no mucha distancia.

Suspendió las remadas y agudizó el oído. Sí, era el sonido de un motor...

El barco no debía de ser muy grande, pero, al menos, estaría tripulado. Le pareció que se trataba de un yate de recreo. El sonido del motor era muy distinto al de las máquinas de un barco grande, como el Port of Moon.

Inmediatamente, replegó los remos y se puso en pie, volviéndose hacia el lugar de donde procedía el sonido, cada vez más cercano.

—¡Eh! ¡Socorro! ¡Estoy perdido en el mar! —Se acordó de una frase que había leído mucho en las novelas de aventuras y añadió—: ¡Ah del barco! ¡Ohé...!

Nadie pareció oírle y el ruido del motor sonaba cada vez más cercano. Pero el buque seguía siendo invisible.

—¡Aquí, aquí! ¡Un náufrago! —voceó con toda la fuerza de sus pulmones.

El buque surgió repentinamente ante sus ojos, emergiendo de la densa cortina de niebla, como si su aparición se produjera por arte de magia. En un segundo, Conroy pudo apreciar que se trataba de un barco de vela, con aparejo de goleta de dos palos. Las velas se hallaban, sin embargo, aferradas, pero la embarcación se movía propulsada por el motor auxiliar.

La proa de la goleta se le acercó amenazadoramente.

—¡Eh, que me atropellan! —gritó, desesperado—. Desvíen su maldito

barco... Apártense... Ese timonel, ¿está borracho o dormido?

Pero, a bordo del barco, nadie parecía oírle. En él último instante, Conroy supo que su bote iba a ser arrollado y se tiró al agua.

Apenas un segundo después, la roda de la goleta deshizo el chinchorro, convirtiéndolo en un millón de astillas. Conroy nadó desesperadamente, sin dejar de gritar, para llamar la atención de los tripulantes de aquella goleta que le pareció el barco fantasma.

Los costados de la nave desfilaron rápidamente ante sus ojos. De pronto, vio un cabo que pendía de la borda y saltó hacia él, aferrándolo frenéticamente con las dos manos.

La soga le arrastró un poco. Luego consiguió rehacerse y empezó a trepar. Cuando sacó los pies del agua, pudo apoyarlos en el costado. Hizo un par de esfuerzos más, agarró la borda con una mano, luego con la otra y, al fin, con un definitivo impulso, se lanzó sobre la cubierta.

Durante unos momentos, permaneció tendido, empapado de agua, jadeante y sin respiración. Luego alzó la cabeza.

—Demonios, esto sí que es extraño... Nadie parece haberse dado cuenta de que he llegado a bordo —murmuró.

Sentóse en el suelo y miró hacia popa. La niebla impedía ver con claridad los detalles del extremo final del barco. A bordo reinaba un extraño silencio.

—¿Será un buque abandonado?

Historias de barcos perdidos y luego hallados sin un solo tripulante a bordo acudieron de inmediato a su imaginación. De todos modos, se dijo, el barco era relativamente grande y al menos encontraría agua y comida suficiente.

Por otra parte, disponía de un motor, lo que le daba tranquilidad para seguir la navegación. En el peor de los casos, había dos mástiles, con el velamen correspondiente. Aquel buque abandonado, con su mala situación, era, sin embargo definitivamente mejor que el frágil esquife al que había sido arrojado apenas un par de horas antes.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie. Lentamente, avanzó hacia la popa. Caminó junto a los costados de una cabina de grandes dimensiones. A medida que ganaba terreno, podía captar más detalles.

Repentinamente, divisó la rueda del timón, sin nadie que empuñase las cabillas. Había alcanzado ya una de las esquinas de la estructura y entonces alguien surgió repentinamente por el otro lado y chocó contra él.

La mujer se asustó y lanzó un chillido de terror.

* * *

Darrack no le hacía caso y Janis decidió bajar a su camarote para ponerse unos pantalones largos y una chaqueta. La niebla había provocado un súbito descenso de la temperatura y la indumentaria que llevaba no era la más apropiada.

Sentía miedo. Seguía sin ver a nadie y no había el menor rastro de los

tripulantes. El timón, sin el timonel, la hacía sentirse aterrorizada.

Dobló la esquina de la caseta y entonces tropezó con alguien. Un grito de pánico brotó instintivamente de sus labios.

—No tema —dijo el hombre—, no pretendo hacerle el menor daño.

Janis había estado a punto de caer y el hombre la sostuvo con manos de notable fortaleza. Ella procuró recobrarse.

—Me asusté, lo siento... He estado durmiendo hasta hace poco y me levanté con dolor de cabeza y mal sabor de boca... Debe de ser algo que me sentó mal anoche, en la cena...

—Sí, seguramente —convino el joven—, ¿Viaja usted en este barco, señora?

—¿Cómo? ¿Es que no lo sabe usted?

—No, ¿por qué habría de saberlo?

—Usted es un tripulante...

—Temo que se engaña, señora. Soy un náufrago que acaba de salvar la vida milagrosamente. Estaba en un bote y su barco me atropelló... ¿Acaso no oyeron mis gritos de aviso?

—Lo siento, no he oído nada... De modo que no pertenece a la tripulación...

—Se lo juro, señora.

Janis parecía muy turbada.

—No sé qué pasa aquí... No hay nadie... Ni siquiera el timonel está en su puesto, aunque el motor sigue funcionando...

En aquel momento, Conroy vio el timón vacío y se sintió atónito.

—¡Nadie gobierna este barco! —exclamó.

—Así parece. Repito que no sé qué ha sucedido. Yo me acosté anoche, después de cenar, aproximadamente a las diez... y me desperté pasadas las once...

—Sí que le duró el sueño —comentó Conroy—. ¿No hay nadie más que usted a bordo?

—Oh, por supuesto que sí. Embarcamos un total de diez pasajeros, entre hombres y mujeres... De momento, sólo he visto a uno, que también parece sentirse mal...

En aquel instante, se oyó una voz de mujer, que sonaba con tonos gemebundos:

—Ben, ¿estás ahí? No sé qué me pasa; me encuentro muy mal...

—Es la señora Darrack —dijo Janis.

Una mujer de unos cuarenta años, que ofrecía un aspecto desastroso, apareció en la cubierta.

—Ah, es usted, Janis —dijo.

—Sí, señora Darrack. Su esposo está al otro lado, junto a la borda.

—¿Qué nos ha pasado, señorita Ward? Tengo un horrible mal gusto de boca y una sed espantosa...

—Lo mismo me sucede a mí, señora. Sin duda, algún alimento en malas

condiciones. Pero no puedo explicarle más.

—Oiga, quizá ese marinero sepa algo...

—Lo siento, señora —sonrió Conroy—. Soy un náufrago.

Kathy Darrack se puso una mano en la frente.

—No estoy para jeroglíficos... Ben, ¿dónde diablos estás?

—Aquí —contestó el hombre desde el otro lado.

La señora Darrack se alejó dando tumbos. Conroy sonrió.

—Pobre, se siente verdaderamente mal... Perdóneme, señorita Ward, aún no me he presentado. Soy Muir Conroy.

Ella sonrió.

—Ya conoce mi apellido. El nombre es Janis. Ahora, si me lo permite, iré abajo a cambiarme de ropa; voy a quedarme helada con esa indumentaria.

Conroy contempló a la muchacha, alta, espigada, de cabellos delicadamente dorados y ojos muy azules. Una verdadera belleza, se dijo.

—Bueno, yo trataré de buscar a algún tripulante, para que me lleve a presencia del capitán y poder informarle de mi situación. Confío que al capitán de este barco no se le ocurra hacerme lo mismo que me hizo el del Port of Moon.

—¿Qué le hicieron, señor Conroy?

—Ya se lo contaré luego. ¿Sabe por dónde se va a la cámara del capitán?

—No tengo la menor idea. Embarqué anoche, a las siete, y apenas si tuve tiempo de echar un vistazo al barco. Zarpamos a las ocho, cuando nos sentábamos a cenar. Luego me fui a dormir y eso es todo lo que sé. —De repente, Janis se dio una palmada en la frente—, ¡Oh, la señora Thorsten! —exclamó.

—¿Quién es esa dama? —preguntó el joven.

Janis echó a correr.

—Voy a ver qué tal se encuentra...

La muchacha desapareció por la escotilla que conducía al comedor. Conroy lanzó una mirada de preocupación hacia la rueda del timón, sin nadie que la manejase.

Allí ocurría algo raro, se dijo. Vio una escotilla cerca de la popa, encontró unas escaleras y penetró en el interior de la nave.

Al fondo, divisó una puerta con el rótulo de CAPITÁN en el centro. Hizo girar el picaporte, abrió y se encontró en una cámara absolutamente vacía.

* * *

Incluso el baño privado del capitán estaba desocupado. Conroy observó, además, que la litera no ofrecía señales de haber sido utilizado durante la noche.

—¿Se marcharían antes de que los pasajeros se fuesen a dormir?

Pero no parecía demasiado probable. Tal vez la tripulación se había emborrachado y ahora estarían durmiendo todos revueltos, en algún lugar del

barco.

Si era así, aquellos marineros no parecían los adecuados para un viaje de recreo, como se deducía del hecho de que hubiera diez pasajeros a bordo. Al cabo de unos momentos, se dio cuenta de que tenía las ropas todavía empapadas.

En el ropero del capitán encontró una camiseta y unos pantalones, que se puso sin el menor escrúpulo. Halló también un par de zapatos, se los probó y viendo que le servían, dejó los suyos a un lado.

Regresó a la cubierta. Dos personas más emergían en aquel momento, un hombre y una mujer, y ambos con señales de encontrarse en malas condiciones físicas.

—No sé lo que me pasa... —dijo él—. He viajado mucho en barco y jamás me había mareado, pero ahora me parece tener un balón de fútbol en lugar de estómago...

La mujer se agarró desesperadamente a la borda.

—Fue la cena, Robert —dijo—. Algún alimento estaba estropeado y no lo supimos ver... Esas malditas salsas con tantas especias...

El hombre vio de pronto a Conroy y agitó una mano.

—¡Eh, usted, amigo, llame al capitán inmediatamente! —ordenó.

—Lo siento. En primer lugar, no soy tripulante de este barco. En segundo lugar, no está el capitán.

Otro hombre asomaba en aquel momento por la escotilla.

—¿Ha dicho que no está el capitán? —exclamó, asombrado.

—Y si mis sospechas son ciertas, porque todavía no las he confirmado, no hay tampoco a bordo ningún otro miembro de la tripulación —dijo Conroy—. Pero eso lo veré ahora mismo...

Había echado a andar, a la vez que hablaba, pero, de repente, se detuvo en seco.

—No hace falta que lo compruebe —dijo—. No hay ningún bote en los pescantes.

Los pasajeros que estaban en la cubierta se volvieron en el acto. Una exclamación de asombro brotó en el acto de todas las gargantas.

—¿Nos habrán abandonado? —gimió la mujer.

Conroy asintió.

—Es lo más probable, señora —respondió.

En aquel instante, se oyó un agudísimo chillido que sonaba en el interior del barco. A los pocos segundos, Janis, terriblemente pálida, apareció en la cubierta y emitió una dramática exclamación:

—¡La señora Thorsten está muerta!

CAPITULO III

«Pues sí que he ido a dar con un buen sitio», pensó Conroy, mientras cubría con la sábana el rostro de la difunta.

La señora Thorsten estaba muerta, no cabía duda. El cuerpo aparecía frío y rígido, lo qué indicaba que el fallecimiento se había producido muchas horas antes.

Ya no se podía hacer nada por ella. Salió del camarote, cerró la puerta y encaminó al comedor.

Janis estaba sentada ante la mesa, con la cabeza entre las manos. Dos personas más aparecieron en aquel momento, otro hombre y una espectacular rubia, que ofrecía un aspecto desastroso.

—Creo que algo nos sentó mal en la cena...

—Nunca había dormido tanto ni me desperté jamás con un dolor de cabeza tan espantoso. Además, tengo un horrendo mal sabor de boca —declaró la rubia.

Conroy empezó a forjarse una hipótesis acerca de lo que había sucedido. Todos los pasajeros ofrecían los mismos síntomas. Y todos, según parecía, se habían ido a dormir apenas terminada la cena.

—¿Pertenece usted a la tripulación, amigo? —preguntó el hombre.

—No, señor; me llamo Muir Conroy y soy un náufrago, que ha encontrado por casualidad este barco —respondió el joven.

No quiso añadir más y buscó la cocina, que encontró después de algunos tanteos. Encendió fuego y puso una cafetera a calentar. En las alacenas, encontró café y azúcar. Cuando la cafetera estuvo lista, puso una olla con agua; se necesitaría mucho café, pensó.

Volvió al comedor. Su llegada fue acogida con grandes exclamaciones de alegría. Había traído una bandeja, repleta de pocillos, y repartió el café, que fue consumido ávidamente. Contó las personas que había allí; cocho, incluyendo a Janis. Faltaba uno, dado que la señora Thorsten había muerto.

—Traeré más café —dijo—. Voy a darles un consejo: no tomen nada en algunas horas, aunque tengan hambre. Beban café y agua en grandes cantidades, pero no prueben el alcohol para nada.

—¿Por qué? —preguntó Kathy Darrack.

—Sospecho que les propinaron un fuerte narcótico en la cena, lo que explica sus síntomas de malestar y que hayan despertado todos, sin excepción, a una hora cercana al mediodía. Todos se acostaron después de la cena y no era que ninguno estuviera cansado, sino que, simplemente, sentían sueño, pero porque habían ingerido el narcótico.

Conroy se encaminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y agregó:

—Y así, los tripulantes, aunque ignoro la razón, pudieron embarcarse en los botes y abandonar el barco, con sólo los pasajeros a bordo.

La estupefacción general era enorme. Conroy volvió a la cocina a vigilar el agua para el café.

—¿Por qué diablos habrán abandonado este barco? —mascullό.

Ahora estaban todos reunidos en el comedor, incluso el que faltaba antes, y las cábalas y comentarios de todas clases se producían incesantemente. Conroy, situado en un extremo de la mesa, estudiaba a todos los presentes, tratando de adivinar sus caracteres.

Robert Fitzman, alto, atlético, muy rubio, piel tostada artificialmente, prototipo del «play-boy». Seguramente, vivía a costa de la mujer que tenía a su lado, Hope McDane, cuarentona, de buenas carnes y mejores medios de fortuna. Los Darrack tenían un aspecto más corriente y a Conroy le parecieron unos ricos ociosos. «O quizá quieran hacerse pasar por tales», pensó.

Morris Hillary era un sujeto de casi cincuenta años, estatura mediana, algo tripudo, casi calvo y con ojos fríos y sagaces. Greta Hasse, unos treinta años, muy rubia y bien formada, estaba a su lado. Era su secretaria, había dicho, pero Conroy sospechaba que había algo más entre los dos.

Mike Palagos andaba por los cuarenta, muy alto, delgado, de rostro afilado, pero no desagradable. Conroy se fijó en sus manos, blancas, largas, delicadas. «¿Manos de tahúr?».

En cuanto a Dellie Dowin, sentada junto a Palagos, era una rubia de magnífica figura y apariencia distinguida. Debía de tener unos veintisiete o veintiocho años, pero algunas de sus miradas desmentían en parte la distinción y elegancia de sus ademanes. «Tal vez una cortesana de altos vuelos», pensó.

De Janis Ward ya sabía algunos detalles. Parecía sensata y equilibrada, pero en aquellos momentos daba la impresión de sentirse desquiciada por los acontecimientos. Sin embargo, Conroy esperaba que la muchacha sabría rehacerse.

—Bueno —exclamó Fitzman de pronto—, si no tenemos capitán ni tripulantes, nosotros mismos gobernaremos el barco. No podemos confesarnos derrotados antes de tiempo...

—¿Ah, sí? —dijo Darrack sarcásticamente—, ¿Serás tú el capitán, Robert? Toda tu experiencia, creo, se reduce a haber manejado un velero de cinco metros un par de semanas. No es demasiado para gobernar este balde, creo yo.

—Dan, te aseguro que no tengo el menor deseo de mandar a la gente. Si hay alguien que quiera tomar el mando, yo le obedeceré con mucho gusto sin poner ninguna objeción.

Dellie levantó una mano.

—Propongo que nombremos capitán al señor Conroy. Es marinero y algo entenderá de barcos, digo yo.

—Discúlpeme, señorita, pero creo que está equivocada —sonrió el aludido —. No soy marinero, sino un náufrago. Viajaba de polizón a bordo del Port of Moon y el capitán me puso en un bote, con un poco de agua y algo de galletas.

—Polizón —resopló Palagos—. ¿Qué diablos pretendía al embarcar

ilegalmente, señor Conroy?

—Adquirir experiencia, simplemente. Soy escritor, señor Palagos.

—¡Un momento! —dijo Greta Hasse—. Los escritores saben mucho de gobernar los barcos. A fin de cuentas, escriben novelas de aventuras...

—Señorita Hasse, mucho me temo que los asuntos de mis libros no tengan nada que ver con los aspectos técnicos de la navegación, aunque en el próximo sí pensaba tratar de los hombres que trabajan en los barcos. Ese libro se titulará, si lo escribo algún día, Psicología del marinero actual. Pero eso es todo: entiendo de barcos tanto como de reparar lavadoras. Es decir, nada.

—Bien, pero tenemos un motor y un timón. Podemos virar y navegar hacia el Este. Tarde o temprano, encontraremos algún barco y nos socorrerá... —empezó a decir Dellie.

—Se olvidan ustedes de la radio —intervino Darrack—. En otros tiempos, no niego que habríamos pasado apuros, porque no sabemos transmitir en morse, pero ahora que se transmite en fonía, es más fácil y algún telegrafista acabará por escucharnos.

—¿Podemos darle la posición? —preguntó Palagos—, Es indispensable para que vengan a socorrernos.

—Lo siento, yo no sé manejar un sextante —dijo Fitzman.

—Bueno, ¡qué diablos! —barbotó Hillary, que había permanecido silencioso hasta aquel momento—. Tenemos un motor y hay víveres a bordo. Con eso será suficiente para salir del api o.

Janis se irguió vivamente.

—Creo que se olvidan de algo muy importante. La señora Thorsten ha muerto. ¿Qué debemos hacer?

—No la habrán asesinado —se espantó Dellie.

—No lo creo —dijo Conroy—. Era una señora próxima a los sesenta y cinco años y tomó una dosis de narcótico muy grande. Todos ustedes han podido soportarlo, sin más que unas molestias físicas. Para ella, sin embargo, debió de ser demasiado y por eso falleció durante el sueño.

—Como si se hubiera tomado una dosis de barbitúricos —dijo Kathy Darrack.

—La señora Thorsten tomaba todas las noches dos píldoras sedantes —informó Janis.

Fitzman se dio un golpe en la frente.

—Narcótico en la cena, sedantes de propina... No me extraña que reventase...

—Por favor, un poco de respeto —pidió la muchacha.

—Lo siento, lo dije sin querer.

—De todas formas, hay algo en lo que ninguno de ustedes parece haber reparado demasiado y que, en mi opinión, es uno de los puntos más importantes de este conflicto —dijo Conroy.

—¿Sí? —preguntó Hope McDane—. ¿De qué se trata, psicólogo?

—¿Por qué abandonó este barco la tripulación, con el capitán a la cabeza?

* * *

La pregunta de Conroy provocó un momentáneo silencio. Todos se miraban unos a otros, pero nadie se atrevía a emitir una respuesta. Janis, sin embargo, fue la primera en hablar, y a Conroy le agradó ver que la muchacha daba señales de recuperar su serenidad.

—Ese detalle es importante, desde luego, pero no nos ayudará a salir de esta crítica situación —dijo—. Lo que importa verdaderamente es volver a la costa, por si se levantara un temporal, no sé qué tal lo pasaríamos.

—Muy mal, desde luego —convino Darrack.

—Es hora de que dejemos de hablar y pasemos a la acción —exclamó Fitzman.

La luz de la cámara se hizo más intensa de pronto.

—Eh, estamos saliendo de la niebla! —gritó alguien.

—Eso es buena señal. Ahora veremos a más distancia... Es posible que nos vean también... —dijo Palagos.

Hubo una especie de desbandada hacia la cubierta. El banco de niebla se alejaba con cierta rapidez y el sol inundaba de luz y calor la embarcación.

Repentinamente, ocurrió algo inesperado.

Los motores dejaron de sonar. La hélice se paró y el barco empezó a perder arrancada.

—Eh, ¿qué está pasando aquí? ¿Por qué se para el motor? —exclamó Palagos.

Conroy señaló el timón.

—¡Pronto, antes de que se detenga el barco por completo, hagan funcionar el timón, para una virada en redondo!

—Yo me encargo de ello —exclamó Fitzman.

Corrió hacia la rueda y la hizo girar velozmente. Pero tomó demasiado impulso y cayó de costado sobre la cubierta.

—Maldita rueda...

Se levantó en parte, quedando apoyado sobre las dos manos, y miró al resto de pasajeros.

—La rueda está loca. El timón no funciona —exclamó dramáticamente.

Conroy se acercó al timón y movió la rueda. No se notaba la menor resistencia; giraba con absoluta facilidad en todos los sentidos.

—Habrán roto los cables de la transmisión.

El barco se paraba poco a poco. Hillary se ajustó el cinturón de los pantalones.

—Hace muchos años, yo trabajaba como mecánico en un taller de reparación de automóviles. A veces, reparábamos también motores de lanchas deportivas. Algo recuerdo todavía y quizá pueda averiguar qué le pasa al motor de este maldito buque.

Hillary desapareció de la cubierta. Conroy movió una vez más la rueda del

timón.

—Es inútil —dijo—. Si cortaron los cables...

Fue hacia la popa, se inclinó y sacó medio cuerpo fuera. Entonces vio algo que le llenó de asombro.

—Oigan, ¿cómo se llama este barco? —preguntó.

—¿«*Emmeline*», de San Diego — —contestó Hope—. Aunque sea al revés, ¿no sabe leerlo en la popa?

Conroy se incorporó.

—Lo siento. Se han llevado todas las letras del nombre y de la ciudad donde estaba matriculado —dijo.

Sobrevino otro especio de silencio. Conroy vio que el temor empezaba a adueñarse de los ánimos de todos los presentes.

Hilary asomó en aquel momento.

—El motor se ha parado por falta de combustible —dijo—. No queda una sola gota en los depósitos.

Alguien lanzó una blasfemia. Kathy Darrack se tapó la cara con las manos y empezó a gemir.

De pronto, Fitzman dio un paso hacia adelante.

—No debemos dejamos llevar por el pesimismo —exclamó—, Hay herramientas y madera de sobra a bordo. Construiremos un timón de emergencia y navegaremos a vela. A. fin de cuentas, para eso embarcamos en la *Emmeline*, ¿no?

—Sí, pero con tripulantes avezados y un capitán experto —alegó Dellie.

Conroy miró a su alrededor. El banco de niebla apenas si se divisaba en el horizonte, hacia el Este. En todo cuanto alcanzaba la vista, no se veía otra embarcación.

Fitzman se fue hacia la borda.

—Voy a subir hasta la cruceta del palo mayor —dijo—. Son casi veinte metros y tendré mucho más alcance visual. Si divisó un barco, bajaré para estudiar la forma de hacerle señales o para que alguien use la radio.

La *Emmeline* era una goleta de dos palos, trinquete y mayor, éste bastante más alto que el primero. Fitzman empezó a trepar por los flechastes. Conroy sonrió para sí. El «play-boy» quería dárselas de héroe, seguramente, ante los ojos de la cuarentona adinerada a la que, sin duda, trataba de conquistar. Aparte de ello, se veía que Fitzman era un hombre musculado y ágil, que no descuidaba hacer ejercicio, probablemente varias horas al día.

En pocos momentos, Fitzman alcanzó la cruceta. Asido a un cabo con la mano izquierda, se puso la otra ante los ojos, para explorar el océano.

De repente, se oyó un terrible chasquido.

La mitad de la cruceta se partió. Fitzman gritó:

Sorprendido, no tuvo tiempo de apretar con fuerza el asidero al que se sujetaba y empezó a caer, dando vueltas en el aire, como un pájaro herido de muerte.

Se oyó un alarido general de horror. Pero el grito unánime no fue suficiente

para acallar el espeluznante ruido que hizo el cuerpo de Fitzman al chocar contra la tablazón de la cubierta.

CAPITULO IV

El cadáver del «play-boy» había sido conducido a su camarote. Conroy baldeó la cubierta y la sangre, mezclada con agua, se fue por los imbornales.

—Hillary fumaba un cigarro a poca distancia. Al cabo de unos momentos, el joven se volvió hacia él.

—Señor Hillary...

—¿Sí?

—Usted, en tiempos, trabajó como simple mecánico. Eso quiere decir que entiende de cosas que otros desconocemos.

—Sí, puede ser. ¿Por qué lo dice?

—Bueno, no quisiera que piense que trato darle órdenes... pero me gustaría que empezase a buscar los cohetes y luces para señales. Podemos necesitarlos y... usted me entiende, supongo.

—Descuide, muchacho, lo haré ahora mismo. Pero Darrack, creo, está llamando por radio.

—No sabremos dar nuestra posición y tendremos que hacer señales — contestó el joven.

—Sí, es cierto.

Conroy terminó la labor y se pasó el antebrazo por la frente. Janis se le acercó en aquel momento.

—Me siento terriblemente impresionada —dijo—. ¿Por qué pasa todo esto, señor Conroy?

—No lo sé. Usted, opino, debería saber mucho más que yo, un simple náufrago que llegó a este barco por pura casualidad. Era una pasajera, ¿verdad?

—Sí, aunque no me había costeado el pasaje. No podía permitírmelo por mí misma.

—¿Cómo?

—Era una especie de secretaria y asistenta de la señora Thorsten; vamos, lo que en otros tiempos se llamaba señorita de compañía.

Conroy sonrió.

—Vaya, yo creía que era una especie extinguida —dijo.

—Pues no, al menos en lo que a mí se refiere. Y no tenía quejas de la señora Thorsten, sino todo lo contrario. Era muy buena conmigo, gentil, educada, me pagaba un excelente salario y cuando estábamos en tierra, tampoco me ahogaba con un horario demasiado apretado.

—Siento lo que le ocurrió. Luego tendremos que lanzar al mar dos cadáveres.

—Deberíamos esperar a mañana, por si antes avistamos algún barco.

—Sí, podemos esperar —convino él—. De todos modos, la muerte de Fitzman no ha sido accidental.

Janis le miró sobresaltada.

—Nadie le tocó... él se cayó...

Conroy se inclinó y levantó el trozo de cruceta en el que habían estado apoyados los pies de Fitzman.

—Mire aquí —indicó—. Fue aserrado en bastante más de dos tercios de su grosor. Hay señales de que la hendidura causada por la sierra, fue cubierta con algo de cera o material parecido. En cuanto los pies de Fitzman, que debía de pesar más de ochenta kilos, ejercieron presión sobre este tramo de la cruceta, sobrevino la rotura y la caída desde casi veinte metros de altura. El mástil estaba vertical, no hay apenas movimiento de las olas, lo que implica una absoluta estabilidad de la cubierta y él, sorprendido, no tuvo tiempo de asirse al cabo con más fuerza o de tomar impulso para caer al mar, donde habríamos podido recogerlo.

Janis se sentía estupefacta.

—Pero eso significa... que fue un crimen...

—Indudablemente, aunque la pregunta que surge de inmediato es: ¿Quién lo hizo?

Ella movió la cabeza.

—No tengo la menor idea —respondió.

Darrack apareció en la cubierta en aquel momento. Conroy apreció en el acto una intensa nota de pesimismo en su rostro.

—No hay ningún barco en las inmediaciones —dijo.

—Peor todavía. No hay radio —contestó Darrack.

El joven respingó:

—Eso es imposible —exclamó.

Darrack señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Vaya abajo y compruébelo —dijo—. Hubo un tiempo en que fui radioaficionado y tenía en casa un buen equipo. Luego me cansé... Bien, lo que hay en el cuarto del radiotelegrafista es sólo la fachada, la caja, para que se enteren, con todos sus diales e indicadores, pero sin un solo transistor en el interior.

Janis se cogió la cara con las dos manos.

—Usted tenía razón en lo referente a Fitzman, señor Conroy —dijo.

—¿Qué pasa con Fitzman? —preguntó Darrack.

—Lo asesinaron —respondió el joven.

—¡Por Dios, no diga tonterías, muchacho! Se cayó de lo alto del plato mayor. Todos lo vimos...

—Alguien había aserrado aquel trozo de cruceta, que no pudo resistir el peso de ese desgraciado. Véalo usted mismo, señor Darrack.

El fragmento de cruceta fue a parar a las manos de Darrack, quien parecía anonadado.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué? —dijo, terriblemente abatido—, ¿Quién quiere hacernos una cosa semejante?

Hillary llegó en aquel momento.

—Nuestras perspectivas no tienen nada de agradables —dijo—, Hay un generador a bordo, que proporciona la energía suficiente para la iluminación,

los servicios auxiliares y los compresores de los dos grandes frigoríficos que hay a bordo. Naturalmente, dispone de un tanque independiente, pero apenas si quedan dos dedos de combustible en el fondo.

Conroy asintió lentamente. Ya no había duda; alguien había preparado una encerrona a diez pasajeros, con fines que podían adivinarse fácilmente.

—Y no disponemos de transmisor de radio —se lamentó Darrack.

«He saltado de la sartén para caer en las brasas», pensó el joven.

* * *

Al anochecer, hizo otro descubrimiento no menos desagradable.

En todo el barco no había un solo cohete de señales, ni pistolas lanzabengalas ni, lo que era peor, nada absolutamente que pudiera proporcionarles una embarcación auxiliar, caso de hundimiento de la *Emmeline*.

—Ni siquiera un colchón de goma, de los que se usan en las piscinas, ni un salvavidas... —dijo, al entrar en el comedor.

El ambiente era más bien sombrío. Sentado ante una mesa, impasible, con un cigarrillo colgado de los labios, Palagos hacía solitarios con una baraja. Dellie Dowin bebía con frecuencia de un vaso que contenía whisky. Hillary escribía algo en un papel y parecía como si hiciese números, contemplado por Greta con cierta indiferencia.

—Si no vienen a rescatarnos, lo pasaremos muy mal —dijo Dellie con lengua que ya era estropajosa.

—Lo que ha ocurrido nos ha pillado a todos un poco desprevenidos —manifestó Hillary, sin levantar la vista del papel que tenía delante—. Mañana empezaremos a hacer algo para salir de este «impase». Además, es posible que divisemos algún barco...

—Lo dudo mucho —le interrumpió Conroy.

—¿Por qué, muchacho?

Janis miró con interés al joven. Conroy, se dijo, se sentía muy disgustado con la situación en que se encontraban, pero casi era el único que parecía tener la capacidad suficiente para afrontar los problemas surgidos. Al ver su rostro, se sintió muy esperanzada.

—A mí me echaron de un barco, que luego fue hundido con cargas explosivas, para cobrar la prima del seguro. Yo no entiendo de rumbos apenas, pero me imagino que el capitán del Port of Moon siguió una derrota que llevase al barco por aguas poco o nada frecuentadas. —Conroy agitó la cabeza—, Les encontré a ustedes al cabo de un par de horas escasas, sin combustible para el motor y la rueda del timón desconectada. Me he asomado un par de veces fuera de la borda y he visto el timón fijo, sin hacer el menor movimiento. Eso significa que, quienquiera a que fuese el que les dejó solos a bordo, no lo hizo sin antes bloquear el timón, para que la *Emmeline* siguiera una ruta por donde no pasa nunca un barco.

Las palabras del joven provocaron una tremenda consternación. Hubo murmullos de temor, pero Kathy Darrack alegó el infinito número de barcos que cruzaban el Pacífico en todas direcciones.

Conroy sonrió.

—Sí, desde luego, pero siguen siempre rutas establecidas de antemano. Los barcos que usted ha mencionado, señora Darrack, forman parte de un sistema de comercio que no puede permitirse pérdidas mediante rumbos antieconómicos. Por otra parte, el Océano Pacífico tiene una superficie de más de ciento ochenta millones de kilómetros cuadrados, una extensión mucho mayor que toda la tierra firme de todos los continentes e islas del planeta juntos. Supongamos que, en estos momentos, hay cinco mil barcos navegando. Eso supondría un barco por cada treinta y seis mil kilómetros cuadrados, es decir, un área de doscientos kilómetros de largo por ciento ochenta de anchura, y ello suponiendo que cada barco ocupase un cuadrado de dichas dimensiones. Pero esos cinco mil buques están relativamente alineados en las rutas marítimas...

—¡Basta, no sigas! —dijo Dellie burlonamente—. Nos vas a dar jaqueca con tus cálculos, Pitágoras del siglo XX. Lo que quieres decir es que no debemos esperar ver ningún barco en esta zona.

—Yo no lo espero, desde luego —respondió Conroy serenamente.

—De todos modos, tenemos un tanto a nuestro favor —dijo Hillary.

—¿Por favor? —pidió el joven.

—En San Diego saben que hemos zarpado para un viaje de recreo. Todo barco que navega por el Pacífico, debe comunicar diariamente su posición, no sé cuántas veces al día... pero cuando en las oficinas correspondientes se den cuenta de que no hay noticias de la *Emmeline*, darán la alarma de búsqueda y tratarán de encontrarnos. Hay víveres y agua a bordo y podemos subsistir bastante tiempo. Por tanto, debemos mantener la calma y no hacer nada que provoque el pánico irracional, que sí podría conducirnos a la catástrofe.

—Eso está muy bien —dijo Darrack—. Pero tampoco deberíamos quedarnos cruzados de brazos. Tendríamos que hacer algo...

—¿Por ejemplo? —preguntó Greta.

—El timón está bloqueado. Podemos destrincarlo y aplicarle un suplemento, con algún trozo de mástil, para hacer una caña, que nos permita gobernar el barco.

—Eso está bien pensado —aprobó el joven—. Lo haremos mañana... después de cierta ceremonia que no podemos aplazar más.

—¿A qué ceremonia te refieres, Pitágoras? —inquirió Dellie.

—Tenemos dos cadáveres a bordo. Hemos de lanzarlos al mar, con un lastre a los pies.

Janis se estremeció.

—Podríamos guardarlos en un frigorífico...

—Los frigoríficos son para los vivos, señorita —rezongó Hillary—, Y, aún así, no funcionarán mucho tiempo.

—Oiga —exclamó Darrack—, podríamos trasvasar el combustible del generador a los del motor del yate...

—No recorreríamos ni treinta millas —contestó Hillary—, Hemos estado navegando casi dieciocho horas, a un promedio mínimo de catorce nudos, lo cual significa que cuando se paró el motor estábamos a más de doscientas cincuenta millas de la costa, o, lo que es igual, bastante más de cuatrocientos kilómetros. Además, y me he fijado en ocasiones, estamos sobre una corriente que nos arrastra en dirección Sudoeste. Ahora, por tanto, estamos al menos a trescientas cincuenta millas del puerto más cercano.

—Y fuera de las rutas marítimas —se estremeció Greta.

Dellie se levantó de pronto y, tambaleándose visiblemente, caminó hacia la puerta.

—Este whisky, sin hielo, es una porquería... Voy a buscar más cubitos...

—¡Deje el hielo! —tronó Hillary—, Si quiere emborracharse, bébase el whisky tal como sale de la botella, pero guarde el hielo para conservar los alimentos frescos el mayor tiempo posible.

—Oiga —tartajeó la rubia—, a mí no me chilla usted...

—Si no se sienta inmediatamente le partiré la cara.

La voz de Hillary era fría, pero se podía apreciar que estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Casi llorando, Dellie se volvió hacia Palagos.

—¿Has oído, Mike? —gimoteó—. Ese hombre quiere pegarme... ¿Por qué no me defiendes?

—Cállate, estúpida —dijo Palagos sin alzar la voz—. El señor Hillary tiene toda la razón del mundo.

Dellie se puso a llorar, pero nadie le hizo caso. Era la borrachera, pensó Conroy, y el alcohol, para la mujer, era la forma mejor de eludir la situación en que se encontraban.

—No he visto a la señora McDane —dijo de pronto.

—Se siente muy afectada por la muerte de Fitzman —contestó Janis—, Está en su camarote...

—Sería conveniente que fuese a verla y procurase darle ánimos —aconsejó el joven—. Yo me voy a dedicar ahora a una tarea que no quiero posponer por más tiempo.

Greta se puso en pie.

—Creo que deberíamos preparar algo de comer —dijo—. Señor Conroy, su trabajo podría esperar hasta después de la cena, supongo.

—No lo crea —contestó el joven—. Prefiero, en todo caso, cenar más tarde, si es que me queda apetito.

—¿Qué diablos tiene que hacer? —preguntó Darrack, muy intrigado.

—Buscar unas lonas, aguja e hilo, para envolver dos cadáveres y poderlos lanzar así mañana al mar.

CAPITULO V

Reinaba un silencio absoluto, apenas interrumpido por el leve chapoteo de unas olas que apenas si alzaban unos centímetros, al golpear contra los costados de la goleta. De mala gana, con rostros desencajados algunos y casi todos con evidentes señales de haber dormido mal, los pasajeros de la «*Emmeline*» fueron agrupándose en la cubierta.

Había ya allí una gran plancha de tablas, sostenida por dos soportes hechos con sendos trozos de madera, sobre la que se veían dos bultos, apenas definidos, ya que estaban cubiertos por una gran bandera de los Estados Unidos. A los pies de cada uno de los cadáveres, había atados sendos pesos con cuerdas.

Conroy paseó la mirada por los presentes. Hope McDane, aunque estaba terriblemente pálida, había querido asistir a la ceremonia.

—Le apreciaba tanto... Era un muchacho encantador... ¿Por qué tuvo que morir en la flor de la edad? —gimió.

Los Darrack permanecían a un lado, silenciosos y casi hoscos. Hillary mascaba medio cigarro apagado. Greta se mantenía muy erguida, lo mismo que Janis. Mike Palagos fumaba con indiferencia, pero, al ver que se acercaba la hora, lanzó el cigarrillo al mar de un papirotazo.

—Falta su amiga —dijo Hillary de pronto, dirigiéndose a Palagos.

—Estará durmiendo la borrachera —contestó el sujeto con indiferencia.

—No es mal sistema para olvidar —masculló Darrack.

—Sí, pero al cabo, despierta uno... y éstos no despertarán jamás.

—Señoras, caballeros, si les parece, leeré el Salmo XXIII —dijo Conroy —. Creo que es la lectura más apropiada para la ocasión, a menos que prefieran otro tema de la Biblia.

Hillary hizo un ademán.

—Adelante, muchacho, eso estará bien —dijo.

Conroy carraspeó. Tenía ya la Biblia abierta y empezó a recitar:

—«El Señor es mi pastor: nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará yacer. Junto a aguas de reposo me pastoreará...

Al terminar, varios de los presentes dijeron «Amén». Conroy añadió:

—El Señor reciba sus almas—. Entregó la Biblia a Janis—. Los hombres, ¿quieren ayudarme a levantar la plancha, por favor?

Darrack, Palagos e Hillary se adelantaron unos pasos. En aquel instante, un leve soplo de brisa levantó una esquina de la bandera que cubría los cadáveres.

Janis lanzó un agudo chillido.

—¡No, no! Deténgase! No lancen todavía los cuerpos al agua...

Todos los rostros se volvieron hacia la muchacha. Janis, con los ojos desencajados, señalaba uno de los bultos cubiertos con la lona.

—Ese pelo... La señora Thorsten lo tenía completamente blanco... Es rubio, ¿no lo ven?

Conroy respingó. En la parte de la lona que cubría la cabeza del cadáver había un trozo mal cosido, por el que escapaba un mechón de cabellos de brillante color dorado.

Palagos lanzó una blasfemia muy poco acorde con la situación. Conroy reaccionó al fin y, sacando una navaja, cortó el hilo de la costura. Luego tiró de la lona.

Kathy lanzó un chillido.

—¡ Es Dellie! ¡Dellie Dowin!

Janis sintió que la cabeza le daba vueltas. Conroy permaneció inmóvil un momento y luego terminó de descoser la lona.

Había sangre en el pecho de Dellie. La señal del cuchillo que había terminado con su vida era claramente visible.

Kathy corrió a la borda y vomitó. Greta tuvo que apoyarse en el mástil, mientras Janis hacía verdaderos esfuerzos por mantener la serenidad.

Conroy se volvió hacia Palagos.

—¿No viajaban ustedes juntos? —preguntó.

—Juntos, pero ocupábamos camarotes independientes —respondió el aludido fríamente—. Y les juro por Dios que no he tenido que ver nada con la muerte de Dellie.

—Pero, entonces, 6quién diablos se la ha cargado? —bramó Hillary.

—Eso es lo de menos ahora —dijo el joven pensativamente—. Puesto que habíamos iniciado la ceremonia, debemos concluirla, aunque uno de los muertos no sea precisamente el que creíamos. Luego, si les parece, nos ocuparemos de buscar el cadáver de la señora McDane.

* * *

—No me explico quién pudo hacer el cambio de los cadáveres —dijo Conroy, mientras descendía a la bodega en unión de la muchacha.

—Usted los envolvió en las lonas. ¿Qué hizo después? —preguntó Janis.

—Nada de particular. Cené un poco y luego me fui a dormir. Los cuerpos quedaron en sus respectivos camarotes y allí estuvieron hasta que los subí a cubierta.

—¿No se dio cuenta de que la figura de Dellie era más estilizada que la de la señora Thorsten?

—¿Cómo iba a fijarme en un detalle semejante, si no sospechaba nada?

—Se la cargó Palagos —dijo Hillary de pronto, detrás de ellos.

Conroy se volvió.

—¿Cómo puede afirmar tal cosa, si no lo vio?

—Me lo supongo. Tengo calado a ese tipo. Es un vividor... un tahúr, para que lo sepan. Ella era su «gancho», la que distraía a los «primos» que iban a jugar a su casa o al hotel donde se alojaban.

—Si estaban asociados, no había motivos para el asesinato —adujo Janis.

—Palagos había empezado a poner los puntos a Hope McDane. Piensa que

Hope es muy rica y le sacaría de apuros para siempre. A Dellie no debió de gustarle el panorama y protestaría, sin duda. Entonces, Palagos...

—Tengo una coartada, caballeros —sonó de pronto la voz del mencionado.

Todos se volvieron. Palagos estaba a mitad de la escalera y sonrió desdeñosamente.

—¿Una coartada? —repitió Conroy.

—Así es. Pasé la noche con una dama, cuyo nombre no quiero mencionar por discreción. Pero, insisto, no maté a Dellie.

Hillary se encogió de hombros.

—De todos modos, no le harían nada. ¿Cómo probar que usted la eliminó del mundo de los vivos cuando lleguemos a tierra firme?

—Si llegamos —intervino Darrack, que también se había unido al grupo. Lacrimosamente, añadió—: Presiento que vamos a morir todos... todos...

—No sea pesimista, hombre —le apostrofó Palagos—. Conroy, ¿se le ocurre algún lugar donde pueda estar el cadáver de la señora Thorsten?

Conroy movió la mano en un amplio gesto.

—Debemos registrar la bodega —contestó.

La tarea comenzó de inmediato. Al cabo de un buen rato, se empezaron a notar los primeros síntomas de desánimo.

—Tal vez lanzaron su cuerpo al mar —dijo Darrack.

—Sí, pero, ¿quién?

De pronto, Janis lanzó una exclamación:

—¿Han mirado en ese cajón?

Conroy volvió la vista hacia el lugar indicado. Era un enorme cajón de forma cúbica, de metal, cuya tapa estaba parcialmente fuera de su sitio.

—Es el tanque de agua potable —dijo.

—¿Sí? ¿Y cómo llega el agua a los grifos? —preguntó Hillary.

—Supongo que una bomba, movida por el generador auxiliar, la eleva hasta los depósitos auxiliares, que deben de estar en el entrepuente, bajo la cubierta —respondió el joven—. Pero, de todas formas, mirar ahí, no cuesta nada...

Agarró la tapa con ambas manos y la lanzó a un lado. Luego se empinó de puntillas para mirar al interior del tanque.

Una exclamación de asombro brotó de sus labios inmediatamente:

—¡Está aquí!

Darrack hizo un gesto de asco. Conroy alargó las manos y tiró del cuerpo que flotaba sobre la superficie del agua contenida en el tanque.

—Vamos, ayúdenme a sacarla...

—¿Para qué? —dijo Palagos—. Ya no podremos beber de esa agua...

—No sea estúpido. Cuando tengamos sed, beberemos cualquier cosa... y la señora Thorsten llevaba muerta escasamente veinticuatro horas cuando alguien la arrojó al tanque. En todo caso, herviremos y filtraremos el agua, pero nos guste o no, tendremos que bebería.

Hillary se apresuró a ayudarle. El cuerpo de la señora Thorsten, con las

ropas completamente chorreantes, cayó al suelo con fúnebre estruendo.

—Alguien ha querido gastarnos una broma pesada —dijo Hillary, jadeante todavía por el esfuerzo realizado—. Si le encuentro, va a lamentar haber nacido, créanme.

Conroy no quiso hacer ningún comentario. Sin embargo, pidió que le ayudasen a cubrir el tanque nuevamente.

—La tapa es hermética y evitará que el agua se derrame, si la nave empieza a dar bandazos —dijo.

—El mar está tranquilo —alegó Darrack.

—¿Cuánto durará esta calma?

Hubo un profundo silencio después de las últimas palabras del joven—. Janis contempló unos momentos el cuerpo inanimado de la señora Thorsten y luego, sin poder contenerse, cayó de rodillas y rompió a llorar.

* * *

En alguna parte del barco sonaban martillazos. Conroy, arrodillado junto a la rueda del timón, trataba de encontrar la forma de conseguir empalmar nuevamente los cables de la transmisión.

Janis se le acercó en aquel momento. Conroy sonrió.

—¿Se siente mejor?

—No mucho... ¿Qué son esos martillazos, Muir?

—Hillary. Está tratando de construir una caña, para sujetarla al timón y poder gobernar desde la popa. Cuando la haya terminado, bajaré a desbloquearlo y sujetar el otro trozo del gobernalle.

—Muir, ¿cree que saldremos de esta situación? —preguntó Janis.

Conroy se puso en pie y se limpió las manos en los pantalones.

—Estamos vivos y tenemos agua y provisiones. Repararemos el timón y, aunque ninguno tenemos experiencia, desplegaremos algunas velas. Tarde o temprano, encontraremos algún barco que nos ayude.

—Dios le oiga —murmuró ella—. No sé cómo pudo ocurrírsele emprender este viaje a la señora Thorsten...

Conroy frunció el ceño.

—Un viaje muy raro, en efecto. ¿Le dijo a usted por qué lo hacía?

—Creo que la invitó un antiguo conocido suyo, el propietario del yate, naturalmente. En ocasiones, la señora Thorsten no me daba demasiadas explicaciones de sus actos. Aunque siempre se mostró amable conmigo, había temas para los que guardaba una gran reserva. Sin embargo, sé el nombre de su amigo, y propietario del *Emmeline*, naturalmente. Es un tal Iwerson...

—Iwerson —repitió él—. El nombre me suena. Pero no sé dónde lo he oído antes...

—Muir, ¿quién cree usted que mató a Dellie? ¿Palagos?

—No puedo asegurarle nada. Quizá dice la verdad, cuando asegura que pasó la noche con una dama.

—No conmigo —protestó ella vivamente.

—Entonces, quedan dos: Hope McDane y Greta —sonrió él.

—Y Kathy Darrack.

Conroy hizo una mueca.

—No parece probable, pero, en fin, tampoco se puede descartar. Suponiendo que Palagos diga la verdad, claro. Discúlpeme, Janis...

Conroy descendió a la bodega, en donde Hillary aparecía muy atrafagado con un palo de más de tres metros de largo, al que trataba de unir otro de casi la misma longitud.

—Por fortuna, el timón es de madera —dijo el sujeto— Cuando tenga este chisme montado, clavaremos el palo vertical a la pala del timón y así podremos dirigir la embarcación.

—Mientras no haya mar gruesa, resistirá —contestó Conroy.

—No se preocupe; yo me ocuparé de darle la resistencia necesaria —aseguró Hillary—. Sujete ahí, ¿quiere?

Conroy se arrodilló y puso las dos manos en uno de los maderos, de casi quince centímetros de grosor. Hillary asestaba los martillazos con fuerza y precisión, lo que indicaba que no había perdido del todo la habilidad de sus años mozos.

—Señor Hillary, ¿por qué emprendió usted este viaje? —preguntó el joven súbitamente.

El martillo quedó suspendido un instante en el aire. Los ojos claros, helados, de Hillary, se clavaron en el rostro de Conroy.

—Fui un estúpido —contestó—. Quise figurar en sociedad, eso es todo.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído, muchacho. Aquí habría gente de campanillas y yo quería hacerme notar. Tengo el dinero a paladas, pero me falta algo: respetabilidad.

—Bueno, si empezó de simple mecánico y luego progresó, no tiene por qué echar de menos una reputación que no ha perdido.

Hillary lanzó una burlona risotada.

—Usted no sabe quién soy yo, ¿verdad?

—No, no tengo la menor idea, debo admitirlo —respondió Conroy.

—Bueno, a estas alturas, ya no me importa, y además estoy en paz con la justicia. Si progresé, no fue apretando tuercas, precisamente. A los tipos que hacen lo que yo hacía, les llaman «gangsters». ¿Lo entiende ahora?

—Uno no se puede quejar de su falta de sinceridad, señor Hillary —sonrió el joven.

—A estas alturas, ¿de qué serviría tratar de engañarnos? Además, todos los demás me conocen y saben quién soy. Me toleran porque tengo dinero, nada más.

—¿Vino voluntario a este viaje?

—No, aunque confieso que acepté la invitación sin pensármelo dos veces. El dueño, Iwerson, me invitó y acudí con mi secretaria, eso es todo.

Conroy carraspeó.

—Su... secretaria...

—Bueno, es lo que es, ¡qué demonios! A mí me gusta, yo le gusto a ella y al diablo con la opinión de los demás, ¿no le parece?

—Desde luego —contestó Conroy—. Pero, ¿por qué no está Iwerson a bordo?

—Ah, eso habría que preguntárselo a él —dijo Hillary.

—Si no está...

—Entonces, no podemos preguntárselo, muchacho.

CAPITULO VI

Janis y Greta llegaron al comedor con sendas bandejas en las manos.

—¡A cenar! —exclamó Greta.

—Tendrán que dispensarnos —sonrió la muchacha—. No somos lo que se dice unas expertas cocineras.

—Admitimos la buena voluntad —sonrió Hillary—. Sinceramente, estoy muerto de hambre.

—No sé cómo puede pensar en comer, con las cosas que han ocurrido en este barco —refunfuñó Kathy.

—El estómago no tiene ojos mi oídos, señora —contestó el ex gangster sin inmutarse.

—Será mejor que comas algo, querida —aconsejó Darrack a su mujer.

Janis sirvió a Hope McDane y a Conroy sucesivamente. Greta llenó los platos de Hillary y Palagos. Luego sirvió a los Darrack.

La cena consistía en verduras al vapor, carne frita, patatas fritas y guisantes, con mantequilla y crema. Conroy tenía verdadero apetito y se aplicó a despertar los dos enormes filetes que tenía en el plato.

De pronto, Hope levantó su plato.

—Muchacha, este filete está incomible —dijo—. ¿Quiere servirme otro?

Janis alargó la mano hacia el plato. Greta se lo impidió.

—Estamos sirviendo por cortesía, no por obligación —exclamó—. Si no le gusta nuestro menú, señora, vaya a la cocina y prepárese uno a su gusto.

—Bien dicho, muchacha —rió Hillary.

Hope enrojeció violentamente.

—Desvergonzada ramera...

Greta se indignó. Agarró la bandeja con las verduras, pero Conroy logró sujetarle la mano antes de que se la arrojara a Hope.

—No le haga caso —sonrió.

—Me ha llamado algo que no soy —clamó Greta.

—¿No se acuesta con el señor Hillary, monina? —dijo Hope burlonamente.

—Oiga, gorda —gruñó el aludido—. Deje de molestar a mi secretaria o le patearé las tripas. Si ella se acuesta conmigo, es asunto de los dos. Nosotros no contamos los cientos de amantes que ha tenido usted, ¿verdad?

Darrack soltó una risita. Hope quería hablar, pero no le salía la voz de la garganta.

—Además —agregó Hillary venenosamente—, usted, hoy, si quiere un amante, tiene que pagarlo.

—Señor Hillary, está insultando a la señora McDane —dijo Palagos fríamente—. Por favor, no me obligue a pedirle una reparación.

—Pídamela, ande, pídamela, jugador de ventaja. Trate de rozarme siquiera el pelo de la ropa y le haré que lo lamente el resto de sus días.

Palagos intentó levantarse, agarrando con mano crispada el cuchillo con el

que cortaba la carne. Sin inmutarse, Hillary sacó un revólver.

—Cuidado, amiguito —dijo—. Si cree que no soy capaz de apretar el gatillo, trate de seguir adelante. Le aseguro de que, antes de que sepa lo que le ha pasado, estará delante de Satanás.

El jugador se mantuvo un momento incorporado a medias, con los ojos despidiendo llamas de ira, pero, al fin, acabó por sentarse.

—¡Bah, no merece la pena ensuciarse las manos...!

—Sí, eso dijo la zorra: «Estaban verdes» —respondió Hillary cáusticamente.

—Señor Hillary, ¿habría sido capaz de disparar? —preguntó Kathy temerosamente.

—Puedes tenerlo por seguro, querida —dijo Hope—. No sería la primera vez, ¿verdad, señor Hillary?

—Cierto —admitió el aludido sin pestañear—, Pero todas mis víctimas tenían algo en común: ninguna era persona decente.

Greta no pudo contener una risita. El rostro de Palagos, ordinariamente pálido, tenía ahora dos enormes manchas rojas en las mejillas. Conroy supo que el jugador difícilmente perdonaría a Hillary la humillación de que había sido objeto. Pero, como no se atrevería a enfrentarse directamente con el antiguo gangster, tal vez le atacaría a traición...

Decidió que debía intentar desviar el tema, a fin de tranquilizar los ánimos.

—Señora McDane, ¿cómo fue que vinieron a parar todos al *Emmeline*? —preguntó—. ¿Quién les sugirió la idea del viaje?

—Iwerson nos invitó a todos. Dijo que iba a organizar un crucero por el Pacífico, de un par de semanas, navegando a vela, como en los tiempos antiguos, con una tripulación experimentada. Todos confiábamos en él, aunque, desde luego, ninguno suponíamos que nos iba a gastar una broma tan pesada —respondió Hope.

—Demasiado pesada —refunfuñó Hillary—, Cuando le ponga la mano encima, le voy a quitar las ganas de dar bromas a la gente para el resto de sus días.

—Pero vinieron al barco —continuó Conroy—, y él no estaba. ¿No sospecharon nada entonces?

—¿Por qué íbamos a sospechar? El capitán nos recibió a todos en nombre de Iwerson, nos hizo los honores del barco, cada uno tuvo asignado un camarote... Bien, luego llamaron para la cena y el capitán dijo que Iwerson se había retrasado un poco y que, seguramente, zarparíamos con algún retraso, pero que no debíamos preocuparnos, porque el viaje se realizaría con toda normalidad.

—Y después, nos entró sueño y todos nos fuimos a dormir —añadió Darrack—. A la mañana siguiente, nos despertamos... y ya conoce usted el resto.

—Sí, Iwerson los dejó abandonados a su suerte. Pero dos personas han muerto ya y no de forma natural, además de la señora Thorsten, cuyo corazón

no pudo soportar el exceso de narcóticos. ¿Acaso Iwerson tenía motivos de rencor contra alguno de ustedes?

No hubo respuesta, sólo un silencio general. Conroy supo así que su pregunta había dado en el blanco.

La única persona, tal vez, contra la que Iwerson no podía tener nada, era Janis. Pero no podía asegurarlo.

De repente, las luces oscilaron.

Hillary alzó la vista.

—Preparen las velas —dijo—. El generador se va a parar de un momento a otro.

La mesa estaba decorada con dos candelabros de cuatro brazos cada uno. Hillary había aconsejado que no encendieran las velas por economía, hasta que fuese absolutamente necesario. Ahora había llegado el momento de utilizarías, se dijo Conroy amargamente.

—En uno de los cajones de la mesa de servicio hay varios paquetes de velas —añadió Hillary—. Será mejor que no las derrochen, porque no tenemos otro medio de alumbrarnos por las noches.

—¿No hay linternas portátiles por alguna parte? —preguntó el joven.

—Ni una sola —contestó el ex gangster.

* * *

Millones de estrellas lucían en lo alto de un cielo absolutamente sin nubes. Aunque no había luna, los ojos, acostumbrados a la oscuridad, permitían ver a cierta distancia.

Las olas, apenas perceptibles, batían los costados de la *Emmeline* con chapoteos intermitentes. La goleta permanecía absolutamente inmóvil, como si estuviese en dique seco.

Conroy, acodado en la borda, fumaba pensativamente un cigarrillo. Janis se acercó, situándose a su lado.

—Muir, ¿qué piensa usted de todo esto? —preguntó.

—La señora Thorsten no le habló nunca de su amistad con Iwerson —dijo él.

—No, nunca, es decir, no me dio detalles. Dijo solamente que conocía a Iwerson y que le agradaba mucho la idea de realizar un viaje de recreo, en una embarcación de vela. A mí tampoco me disgustó, naturalmente. Pero lo que nunca me imaginé es que el viaje concluyera de una forma tan catastrófica.

—Todavía no ha acabado —respondió Conroy—, Janis, ¿no tiene la sensación de que todo esto ha sido preparado para que alguien ejecute su venganza contra unas personas que le causaron mucho daño en tiempos pasados?

—Parece lógico pensar así, pero, ¿por qué buscar unos medios tan refinados en lugar de hacerlo de una manera digamos más directa?

—¿Y si Iwerson, suponiendo que sea él, quiere atormentar a sus víctimas

antes de darles muerte?

—Usted trata de decirme que, para Iwerson, la muerte es poco.

—Sí, exactamente, Janis.

—Lo siento, Muir; no se me alcanzan los motivos de las acciones de Iwerson. Suponiendo que sea él, como acaba de decir.

—¿Y quién otro podría ser, si no? ¿No se ha dado cuenta del silencio que se produjo, cuando pregunté si Iwerson tenía motivos de rencor contra alguno de los pasajeros?

—Lo vi claramente —admitió la muchacha—. Y eso me preocupa, porque lo que usted dijo es cierto.

—No lo dirán, por supuesto; son cosas que se guardan en secreto. Pero me preocupa, porque esta venganza podría alcanzarnos a todos de rebote. Y, sinceramente, no me haría gracia de morir por culpas ajenas. No voy a entrar en una discusión sobre la posible justicia de la venganza de Iwerson, pero yo no conozco a ese señor, jamás he tenido relación con él, no le he causado nunca el menor daño... Usted me entiende, ¿verdad, Janis?

—Desde luego. Mire, mañana intentaré hablar con Greta. Es una chica muy sensata y, ya sabe —sonrió Janis maliciosamente—, es la secretaria de Hillary. Procuraré sonsacarla; quizá ella pueda decirme algo sobre el tema.

—Inténtelo. Si conseguimos averiguarlo, nuestros medios de defensa habrán aumentado, porque conoceremos las intenciones del adversario y, más aún, los motivos que le guían para sus acciones.

—Y eso siempre permite una mejor defensa, Muir.

—Exactamente, Janis.

Ella suspiró.

—Haré lo que pueda. Bueno, encenderé mi vela para buscar el camino hasta mi camarote... Buenas noches.

—Procure descansar —aconsejó él.

Encendió otro cigarrillo y contempló la lisa superficie del mar. De pronto, se le ocurrió una idea.

La cruceta había sido serrada, seguramente, antes de zarpar el barco. Pero Dellie había muerto de una puñalada. Luego, alguien había cambiado su cuerpo por el de la señora Thorsten, arrojando a ésta al tanque de agua.

Si Iwerson quería vengarse de sus invitados, o al menos de parte de ellos, ¿no cabía la posibilidad de que se hubiera quedado en la goleta, escondiéndose en alguna parte, para salir por las noches y ejecutar así su venganza?

Y si era así, ¿dónde estaba?

Disparó el cigarrillo con el dedo medio y la brasa describió un semicírculo rojizo, antes de extinguirse en el mar. Luego dio media vuelta y se dispuso a descender a la bodega.

Llevaba una vela encendida y contempló el interior del barco con ojos escrutadores.

—¿Dónde estás, Iwerson? —murmuró.

De repente, presintió que no estaba solo. Alguien, en algún sitio que no acertaba a encontrar, le espiaba cuidadosamente. Conroy sintió .que se le erizaba el vello de la nuca.

Bruscamente, giró en redondo. Al otro lado no había nadie.

Pero la sensación de una presencia extraña no le abandonaba un solo instante. El lugar, sin embargo, no era el más apropiado para la defensa contra un ataque repentino. Iwerson no tenía nada contra él, pero si era el autor de aquellos asesinatos, podía estimar que sus acciones serían interferidas por un huésped con el que no había contado al organizar el crucero marítimo.

Y si era así, se desharía de él, cosa que no le hacía ninguna gracia.

Al cabo de unos momentos, regresó a su camarote y se encerró con doble vuelta de llave.

Pasada la media noche, alguien, en la cubierta, lanzó un horrible alarido que despertó a todo el mundo.

Fue un grito de terror infinito, que puso los pelos de punta a todos los pasajeros de la *Emmeline*, quienes, inmediatamente, empezaron a salir de sus camarotes, alarmados por aquel sonido absolutamente inesperado.

Conroy saltó de la cama y se puso rápidamente los pantalones. Encendió una vela y se asomó al pasillo.

Los demás salían también, todos ellos en bata y zapatillas.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quién gritaba?

—Quienquiera que fuese, parecía tener un miedo espantoso...

—Ha sido arriba, creo —dijo el joven.

Hillary tenía su vela en la mano izquierda y el revólver en la derecha. Greta estaba a su lado.

—Quédate aquí —ordenó—. Conroy, subamos a cubierta.

—Sí, señor.

—Iré con ustedes —dijo Palagos, que se había armado con un grueso garrote.

Janis dirigió una mirada al joven. Conroy procuró tranquilizarla con una sonrisa.

Momentos después, los tres hombres llegaban a la cubierta.

—Conroy, usted a la proa. Palagos, vaya a popa. Yo registraré la parte central —ordenó Hillary.

—Se dice combés —indicó Palagos burlonamente.

—Se dice un cuerno —barbotó el otro—. Déjese de palabras técnicas y mueva el trasero.

Palagos se alejó, refunfuñando entre dientes. A los pocos minutos, volvieron a reunirse junto a la escotilla.

—Alguno tuvo una pesadilla, debido a la cena —dijo Palagos—. No merecía la pena haberse levantado.

Hillary hizo una mueca.

—Conroy, ¿qué opina usted?

—No tuve el gusto de conocer al señor Iwerson —respondió el joven suavemente.

Hillary le miró un instante, pero no dijo nada. Conroy vio su mano derecha en el bolsillo de la bata. Debía de apretar la culata del revólver con dedos nerviosos, pensó.

—Será mejor que regresemos —propuso Hillary al cabo.

—No ha sido nada —añadió, cuando estuvieron en el comedor de los camarotes—. Una falsa alarma, eso es todo. Continúen durmiendo, señoras.

Conroy pasó junto a la muchacha y le dio una palmadita en el hombro.

—Duerma tranquila, Janos —se despidió.

CAPITULO VII

Greta puso dos huevos con tocino en el plato de Conroy y el joven se lo agradeció con una sonrisa. Frente a él, Hillary desayunaba en silencio. Palagos llegó en aquel momento y empezó a servirse.

—Mañana no habrá huevos para el desayuno —anunció Greta.

—¿Por qué, cariño? —preguntó Hillary.

—Los frigoríficos ya no funcionan.

—¿Cómo han hecho el desayuno, si el generador auxiliar se quedó sin combustible? —preguntó Conroy.

—No sé, pude encender la cocina...

—Hay acumuladores, pero su carga se estará ya agotando —explicó Hillary—, Greta, luego partiré leña. Tendremos que guisar con fuego natural.

—Sobra madera en el barco —dijo Palagos.

—Hay latas de conserva —indicó Janis.

—Por el momento —dijo Conroy—, convendría reparar el timón. Así podríamos izar un par de velas y, una vez con el barco en marcha, nos ocuparíamos de la cuestión de la comida.

—No es mala idea —convino Hillary.

Hope entró en aquel momento.

—Buenos días a todos —saludó con fría amabilidad.

—¿Café, señora? —ofreció Janis.

Hope miró a la muchacha con desconfianza.

—Está hecho con agua —dijo.

—Claro...

—Y el cuerpo de la señora Thorsten estuvo en el tanque de agua...

—Janis, póngale café a esa remilgada y si no le gusta, que lo tire por la borda —rezongó Hillary—. Conroy, en cuanto termine, empezaremos a trabajar.

—Sí, señor.

Acabaron en pocos minutos. Luego, los dos hombres se dirigieron a la cubierta, en donde, cerca de la popa, habían dejado la caña supletoria que iban a sujetar a la pala del timón.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó el joven.

Hillary enseñó una sierra de enormes dimensiones.

—Perforaremos un agujero en la cubierta, a fin de llegar al cuarto del timón. La parte superior emerge dentro del barco más de un metro.

—Sí, ya entiendo.

Los dos hombres se aplicaron al trabajo inmediatamente. Conroy se dio cuenta de que Hillary tenía su revólver en la pretina de los pantalones.

—Cuando el barco esté en marcha, le diré a Palagos unas cuantas cosas —refunfuñó Hillary—. Al tipo ese no le gusta que se le estropeen las manos.

—Su herramienta de trabajo, ¿no? —sonrió Conroy.

Por encima de sus cabezas, chilló una gaviota. El mar parecía un espejo y

devolvía los rayos del sol con fuerza cegadora.

—Trabaja con las manos y los ojos de su «gancho» —dijo Hillary pasados unos momentos—. Tendrá que buscarse otra fulana cuando desembarquemos.

—¿No la ha encontrado ya y ello le evitará tener que usar los naipes?

—¿Se refiere a Hope McDane?

—Posiblemente, señor Hillary.

El ex gangster hizo una mueca.

—Hope es una mujer que no puede dormir sola. Quizá se deje conquistar por Palagos una temporada, pero acabará por despedirlo y se buscará otro, seguramente con quince o veinte años menos.

Palagos no es tan viejo, señor Hillary.

—¡Je! El tipo se maquilla y se tifie las canas... pero ya tiene cincuenta años. No aguantará muchos rounds a esa ninfómana, se lo aseguro.

—Usted parece conocerla bien —sonrió el joven.

—Conozco a mucha gente y sé sus defectos y virtudes.

Hillary debía de haber llevado una existencia sumamente azorosa, pensó el joven. La respuesta de Hillary le hizo sospechar que todos los pasajeros, pese a su actitud, se conocían ya antes de embarcar en el *Emmeline*.

—Señor Hillary —dijo de pronto.

El sujeto contestó con un gruñido.

—Diga, muchacho...

—Ustedes no notaron nada hasta que se despertaron. ¿Cómo es posible que un capitán abandone su nave, junto con la tripulación, sólo porque se lo ordene el dueño del barco? Hay cosas que no se pueden hacer, me parece a mí.

—Pero se hacen y aquí estamos, Conroy.

Sonaron más chillidos de gaviotas. Abstraídos en su labor, los dos hombres no se dieron cuenta de que las aves marinas parecían muy alborotadas.

Greta y Janis aparecieron en la cubierta. Palagos y Hope llegaron momentos después. El jugador asía el brazo de Hope con gesto protector.

—Los Darrack siguen durmiendo —dijo Janis.

—Ya se prepararán el desayuno ellos mismos —añadió Greta—. ¿Podemos ayudar, Morris?

—No, gracias.

Conroy alzó la mirada un momento. Hope y el jugador estaban un poco más allá, junto a la borda, conversando en voz baja. Palagos tenía las manos de la dama entre las suyas y parecía mostrarse muy afectuoso.

El joven ocultó una sonrisa. Hillary, además de conocer a la gente, era un notable psicólogo.

—Las gaviotas parecen muy alborotadas —dijo Greta.

—No te preocupes, no nos atacarán... como las de «Los Pájaros», aquella terrible película —sonrió Janis.

Los graznidos se acentuaron bruscamente. Conroy empezó a preocuparse.

Repentinamente, se oyó un espantoso chillido.

El joven se volvió. Hope señalaba hacia arriba con el brazo extendido, a la vez que profería gritos ininteligibles pero que, sin embargo, expresaban un vivísimo terror.

Conroy alzó la cabeza. A su lado, Janis emitió un grito de horror. Greta se tapó la cara con las manos.

Hillary blasfemó.

Conroy se dijo que jamás volvería a ver nada tan espeluznante. Colgado del pico de la cangreja de trinquete, se balanceaba un cuerpo humano, en torno al cual se peleaban ferozmente las aves marinas.

—Dios... Es Darrack... —exclamó Hillary.

Conroy recordó inmediatamente el horrible aullido que habían escuchado a la media noche y que les había hecho levantarse. A ninguno de ellos se les había ocurrido mirar hacia arriba en aquellos momentos, se dijo.

Darrack se balanceaba, sacudido por los ataques de las gaviotas, que le picoteaban vorazmente. Sus manos pendían lacias a los costados.

Hillary reaccionó de pronto. Agarró un hacha del montón de herramientas que tenía al lado y corrió hacia la base del trinquete.

De un golpe seco, cortó la driza. El cuerpo de Darrack descendió velozmente hasta estrellarse con sordo ruido contra la cubierta.

* * *

Conroy cubrió el cadáver con una lona. El aspecto de Darrack, después de los ataques de los pájaros marinos, no tenía nada de agradable.

—Seguramente, gritó cuando lo izaban, colgado del cuello...

—¡Por favor! —dijo Janis crispadamente.

—Lo siento, sólo trataba de establecer una hipótesis.

—Este chico tiene razón — terció Hillary—. Tuvo que suceder así, no cabe la menor duda.

—Pero, ¿por qué tuvo que subir a cubierta a una hora tan intempestiva? —se exclamó Greta.

—Hacía calor en los camarotes. Los acondicionadores ya no funcionan —explicó Conroy.

—Pudo ser un motivo, pero también podía haber abierto el «ojo de buey» como hicimos los demás.

—Perdonen —intervino Palagos—. Hope no se encuentra muy bien. Voy a acompañarla a su camarote.

—No se preocupen por nosotros —dijo Hillary sarcásticamente.

Janis se volvió y miró en todas direcciones.

—Falta alguien —dijo.

—¿Quién? —preguntó Conroy.

—La señora Darrack.

Un espeso silencio se produjo inmediatamente. Luego, Janis hizo un ademán.

—Greta, creo que deberíamos bajar y comunicarle a Kathy lo ocurrido —propuso.

La rubia se estremeció.

—No... no me gusta demasiado, pero supongo que es preciso hacerlo. ¿Y si ella también estuviera muerta?

Janis sintió un escalofrío.

—Hemos de ser fuertes, Greta —respondió.

—Lo intentaré... pero si salgo corriendo, no me lo reproches...

—Descuida.

Las dos mujeres se alejaron. Conroy se situó frente al ex gangster.

—Señor Hillary...

—¿Sí?

—¿Está Iwerson a bordo?

—¡Qué tontería! No vino en este maldito viaje, eso es todo.

El joven señaló hacia el bulto cubierto con una lona.

—Entonces, ¿quién diablos lo ahorcó y luego lo dejó colgado del pico de la cangreja? ¿Quién apuñaló a Dellie? ¿Quién aserró la cruceta para que se matase Fitzman? ¿Lo hizo usted?

—¡No, por todos los demonios! —bramó Hillary.

—¿Palagos?

—Tampoco le creo capaz... Acaso pudo matar a Dellie, pero no me lo imagino subiendo a lo alto del palo mayor, con una sierra en la mano... ni tirando de la driza para ahorcar a Darrack.

—Entonces, tuvo que ser Iwerson.

—O usted.

Conroy soltó una risita.

—No sea bromista. Yo era un polizón, al que expulsaron del barco en que viajaba sin pasaje, barco que después voló por los aires.

—Eso es lo que dice usted, pero la realidad es que nadie le vio llegar a bordo —contesto Hillary.

—Si no me cree, vaya al camarote del capitán y encontrará mis ropas. Janis me vio a los pocos minutos de subir a bordo. Estaba completamente mojado...

—Muchacho, ¿por qué rayos tuvieron que volar su barco?

—Para cobrar el seguro, naturalmente.

—Usted dice que el barco saltó por los aires, pero, ¿no habría sido más sencillo para su capitán, encerrarlo en la bodega, para que no pudiera ser testigo algún día contra él?

—Posiblemente, pero el caso es que me puso en un bote y me dejó abandonado a mi suerte. Tal vez no quiso mostrarse demasiado cruel delante de la tripulación, la mayoría de cuyos miembros, lógicamente, no sabían lo que iba a pasar.

—Conroy, voy a darle crédito —dijo Hillary—, Ocurrió como dice, pero el caso es que ahora está embarcado en este maldito buque y que puede correr la

misma suerte que nosotros.

—Quizá no, señor.

—¿Por qué? Parece que todos vamos a morir...

—Pero Iwerson no quiere matarles a todos al mismo tiempo. Podría hacerlo, colocando una potente carga explosiva en la bodega. Sin embargo, prefiere matarlos uno a uno, para que así sufran un miedo infinito antes de morir.

—Yo no temo ni al mismísimo diablo que se apareciera ahora aquí mismo —dijo Hillary abruptamente.

—Pero no se siente tranquilo, ¿verdad?

—Hombre, es que la situación no es como para ponerse a contar chistes, muchacho.

—Desde luego. Ahora bien, ¿qué le hizo usted a Iwerson en tiempos?

Hillary miró al joven fijamente.

—Eso no es cuenta suya —dijo al cabo.

Conroy se encogió de hombros.

—El nombre de Iwerson me suena, y también el de Emmeline, que es del de la goleta. Tengo una vaga idea de algo que ocurrió hace bastante tiempo, relacionado con Iwerson, pero no puedo recordar con exactitud de qué se trata.

—No seré yo quien le haga memoria —declaró Hillary—. Y ahora, ¿por qué no reanudamos la tarea?

—¿Qué hacemos con el cuerpo de Darrack? — consultó el joven.

—Esperaremos a ver la reacción de su esposa... su viuda, mejor dicho, nosotros tenemos trabajo, Conroy. Recuérdelo: hemos de pensar en los vivos.

—Sí, señor.

El agujero había sido hecho ya, no porque no se pudiera llegar al cuarto de mecanismos por la puerta correspondiente, sino para pasar los maderos que constituirían la caña con la que pensaban gobernar el barco. Conroy se descolgó por el hueco y levantó las manos.

—Páseme los maderos —pidió.

—Ahí van —contestó Hillary.

Janis llegó en aquel momento.

—Kathy lo sabe ya. Greta está tratando de darle ánimos. Yo me vuelvo para ayudarle —dijo.

—Déle un par de tragos de coñac —aconsejó Hillary.

—Sí, lo haré.

Janis miró al joven desde la cubierta y le dirigió una graciosa sonrisa. Conroy sonrió también y agitó la mano en señal de saludo.

—Pronto estaremos en disposición de navegar —aseguró.

CAPITULO VIII

El timón de emergencia funcionaba perfectamente. Hillary hizo girar la caña a un lado y a otro.

—Esto marcha —dijo, satisfecho—, ¿Qué hacemos ahora, Conroy?

—Bueno, creo que deberíamos desplegar un par de velas... Yo apuesto por un foque y la cangreja del trinquete.

—¿Entiende usted de navegación a vela?

Conroy hizo un gesto con la cabeza.

—Más o menos, sé los nombres de algunas velas, de los mástiles... pero eso es todo —respondió.

—Los foques son los que están a proa, ¿verdad?

—Sí. La cangreja del trinquete es la mayor de las dos velas que tiene ese palo. La de más arriba es la escandalosa y se sujeta con el pico y el mastelero. Pero usar la escandalosa sería demasiado complicado para nosotros. Creo que con un foque y la cangreja, podríamos hacer algo, hasta que tengamos más experiencia.

—Muy bien, ya sabe más que yo, por lo que le otorgo el título de capitán —sonrió Hillary.

—Gracias. De todas formas, no sé si conseguiremos demasiado. Apenas sopla viento; esto es casi una calma chicha... aunque siempre será mejor que quedarnos cruzados de brazos.

—No podemos permanecer quietos, sin hacer nada. Resultaría fatal, muchacho.

—Sí, señor. Bueno, voy a ver si suelto uno de los foques... Usted tirará de la driza cuando yo le indique.

—¿La driza?

—Sí, esa cuerda que sirve para izar y arriar las velas... bueno, subirlas y bajarlas...

—Ah, ya entiendo. Bueno, vamos allá.

Los dos hombres se encaminaron hacia la popa. Conroy puso el pie en el bauprés y, asido a los estays, se acercó al foque más próximo.

Ahora estaba situado fuera de la goleta, con el mar a tres o cuatro metros de distancia. De pronto, vio algo que le hizo lanzar una exclamación:

—Señor Hillary, acérquese.

El ex gangster obedeció. Conroy señaló con la mano algo que había junto a la roda.

—Ahí tiene. Restos del bote que destrozó la *Emmeline*, cuando todavía funcionaba el motor.

Hillary asintió.

—Sí, es cierto —convino—. Bueno, muchacho, vamos a ver si izamos ese maldito foque.

En aquel momento, Conroy vio algo que le hizo estremecerse.

—Mire, señor Hillary.

El sujeto siguió con la vista la dirección que le indicaba el brazo de Conroy. A unos quince o veinte metros de la goleta, se divisaba una forma triangular, oscura, que hendía el agua silenciosamente.

—Tiburones —se estremeció el ex gangster.

—No me gustaría caer al agua —dijo Conroy.

Acuclillado sobre el bauprés, sujeto con una mano a uno de los estays, soltó los cabos que aferraban el foque. Cuando lo vio libre, hizo un ademán.

—¡Ya puede izar, señor Hillary!

El sujeto tiró de uno de los cabos, pero no ocurrió nada. Después de un par de intentos, encontró la driza apropiada y empezó a tirar.

La lona empezó a subir. Conroy observaba la operación con ojo crítico, mientras que con una mano hacía señas al otro para que continuase izando la vela. Repentinamente, vio algo que lo dejó estupefacto.

—No es posible —exclamó.

—¿Qué sucede? —preguntó Hillary.

Conroy no contestó. Abría y cerraba los ojos, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba viendo.

Apenas si quedaba una tira en el foque, de unos diez o doce centímetros de anchura y a todo lo largo de la driza. Aquella vela debía tener forma triangular y una extensión mucho mayor de la que quedaba en aquellos momentos.

Pero ahora no quedaba el suficiente trapo ni siquiera para mover la goleta mediante el más violento huracán. Y Conroy supo en aquel momento que Iwerson, si era realmente el autor de aquellas muertes, habría previsto que utilizarían las velas al quedarse sin la propulsión mecánica y había dejado al barco a palo seco.

Miraría las demás velas, se dijo, pero ahora seguro de que tampoco podrían contar con el viento como medio de propulsión para abandonar aquellos parajes.

* * *

Hillary sacó un cigarro y se lo puso entre los dientes. —Nos vamos a divertir —dijo.

—A mí me van a salir canas —se quejó el joven.

Janis y Greta llegaron en aquel momento.

—Kathy parece algo más calmada —dijo la primera. Greta frunció el ceño.

—¿Qué le pasa a ustedes? —exclamó—, Morris, ¿por qué tienes esa cara?

Hillary señaló al joven.

—Pregúntaselo a él —contestó.

—No tenemos velas para mover la goleta —dijo Conroy. Janis lanzó una exclamación de asombro.

—Eso no puede ser...

—Sí —confirmó el joven—. Por desgracia, así es. —Iwerson calculó todas

nuestras posibilidades de reacción —dijo Hillary.

Conroy se volvió hacia el sujeto.

—Luego admite que es cosa de Iwerson.

Hillary lanzó una tremenda imprecación.

—Me gustaría que diese la cara para cantarle unas cuantas verdades. Sé que tiene motivos para estar resentido conmigo, pero no son suficientes para querer vengarse de esta forma tan miserable.

—¿Qué le hizo usted? —preguntó Conroy.

Hillary no contestó. Kathy Darrack acababa de aparecer en la cubierta.

Estaba terriblemente pálida y sus ojos parecían no ver nada de cuanto le rodeaba. Vació unos momentos y luego se acercó al bulto que yacía sobre la cubierta, tapado con una lona.

Conroy adivinó sus propósitos y se acercó a ella rápidamente.

—No lo haga, señora Darrack —recomendó.

Ella se volvió y le miró torpemente.

—¿Por qué?

—Bueno... no es agradable tener que decirlo... Las gaviotas le picotearon cuando estaba... suspendido de la cuerda...

—Ah, ya...

Kathy dio media vuelta y se acercó a la borda, en la que apoyó ambas manos, mientras contemplaba el océano con expresión ausente. Conroy y los demás respetaron su dolor, que no se manifestaba con violentos ademanes ni gritos histéricos. Pero unos cuantos chillidos, además del llanto, quizá hubieran desahogado en buena parte la tensión interior de aquella mujer, pensó Conroy.

—Está bien —dijo Hillary—. Volvamos ahora a lo importante. Faltan todas las velas, es decir, apenas queda una tira de cada una de ellas. ¿Alguien tiene alguna sugerencia que hacer?

—Podríamos reunir esas tiras, coserlas y hacer una sola vela. Algo nos ayudaría —apuntó Janis.

—Hemos olvidado una cosa —dijo Conroy—. Este barco, como todos los veleros, debe tener un repuesto de velas.

—En la bodega, claro.

—Sí, es lo lógico. Iré a ver...

De repente, se oyó un terrible alarido.

—¡No, no, a mí no me matarás tú, como has matado a mi marido y a los otros! —gritó Kathy repentinamente— Iwerson, maldito seas... no te daré el placer de asesinarme le mismo que a mi esposo...

Inesperadamente, Kathy dio un salto y se lanzó al mar

* * *

Los espectadores de la escena se quedaron petrificados por el asombro durante unos momentos. Cuando quisieron reaccionar, ya era tarde.

—Es preciso salvar a esa pobre mujer —gritó Conroy— Está loca y no sabe lo que se hace...

Hillary le agarró de pronto por un brazo.

—No lo haga —dijo.

Con su mano libre señaló algo que se movía velozmente en el agua. Kathy había emergido a la superficie y gritaba y reía enloquecidamente, perdido el juicio por completo.

Conroy corrió hacia la borda. Otra aleta triangular apareció súbitamente, convergiendo hacia el mismo punto.

—¡Señor Hillary! ¡Su revólver! —pidió el joven a voz en cuello.

—Es inútil. Para esos bichos se necesitan rifles de gran potencia y no se les puede matar con un solo disparo. Sólo tengo seis balas, hay un enemigo a bordo y prefiero reservarme la munición para un caso de verdadera necesidad.

Conroy tuvo que reconocer la justeza de los argumentos de Hillary. Pero no se resignaba a permanecer mano sobre mano, sin intentar salvar a una pobre mujer, a quien la muerte de su marido había sumido en una momentánea demencia.

De pronto vio algo que le hizo concebir una idea que estimó salvadora.

—A él, de todas formas, ya no le importa...

Retrocedió unos pasos, cargó con el cadáver de Darrack y luego, corriendo hacia la borda, lo arrojó al mar lo más lejos que pudo.

Los tiburones parecieron adivinar una nueva presa y desviaron su rumbo.

—¡Una cuerda! —gritó Conroy—, ¡Señora Darrack, nade hacia el barco, pronto!

Kathy pareció adquirir súbitamente conciencia de su situación. La frescura del agua debía de haber despejado un tanto las brumas de su mente.

El miedo apareció en sus ojos. Janis trajo una cuerda y Conroy la arrojó hacia la mujer, a seis o siete metros del costado de estribor.

Kathy asió el cabo con ambas manos.

— ¡Ayúdenme! —chilló Conroy.

Hillary se unió a él para tirar del cabo. Kathy avanzó rápidamente hacia la goleta.

—Ya está, ya está...

La señora Darrack asomó medio cuerpo fuera del agua. Repentinamente, lanzó un horroroso alarido.

Los dos hombres tiraban con todas sus fuerzas. El cuerpo de Kathy emergió por completo. Janis se sintió enferma al ver los enormes chorros de sangre que brotaban de la parte inferior de su cuerpo, hacia el lado izquierdo.

Greta se retiró, tambaleándose con violencia. Los dos hombres se quedaron inmóviles durante un instante. Kathy emitía unos chillidos atroces.

Bruscamente, algo tiró de la mujer hacia abajo. Conroy pudo escuchar el horripilante ruido de unas mandíbulas que partían huesos. La boca de Kathy se abrió para emitir un sonido imposible.

El tiburón seguía aferrado a la pierna derecha y sacudía con todas sus

fuerzas. Otro escualo saltó por detrás y golpeó a Kathy con el morro. Un tercero se llevó uno de sus brazos.

Ella ya no gritaba y la cabeza pendía sobre su pecho. Hillary aflojó súbitamente la presión de sus manos.

—Ya no se puede hacer nada —dijo sombríamente.

El destrozado cuerpo de Kathy Darrack se hundió en el mar. Una mancha roja se extendió sobre la superficie, ahora terriblemente agitada por los tiburones, que se disputaban la presa con voracidad inaudita.

Al cabo de unos momentos volvió la tranquilidad. Los escualos desaparecieron y el mar recobró su calma.

CAPITULO IX

En la cámara, Conroy llenó cuatro copas y se quedó con una. Janis tomó su coñac entre hipidos. Greta lo bebió de un trago.

Hillary alargó su copa, después de haberla vaciado.

—Póngame más, por favor.

Conroy asintió.

—Bueno, éramos once al principio y ya sólo quedamos seis...

—Diez. La señora Thorsten había muerto cuando usted llegó —corrigió Hillary.

—Es lo mismo. Quedamos nosotros cuatro, más Hope y Palagos...

—Por cierto —dijo Janis—, no han dado señales de vida, a pesar de que se ha producido un escándalo más que regular.

Greta se estremeció.

—¿Les habrá pasado algo?

—Iré a ver —dijo Conroy. Apuró su copa y se encaminó hacia la puerta.

Momentos después, sin la menor ceremonia, abría la puerta del camarote de Palagos. El sujeto no estaba allí ni tampoco en el baño.

Conroy se imaginó dónde podía estar. Buscó otro camarote y llamó a la puerta con fuertes golpes.

—Abran, por favor...

Transcurrió casi un minuto. Conroy se disponía ya a echar la puerta abajo, cuando, de pronto, alguien abrió desde el interior.

—¿Qué pasa? —preguntó el jugador malhumoradamente.

Conroy lo vio desnudo en parte, cubierto sólo por una toalla no demasiado grande que ceñía justamente sus caderas. Al fondo, Hope, en la cama, le miraba con burlona sonrisa.

Ella también estaba desnuda. Podía ver sus brazos y sus hombros, aunque el resto del cuerpo quedaba oculto por una sábana.

—Ha muerto la señora Darrack —dijo Conroy al cabo de unos instantes.

—Ah, ¿.era ése el ruido que hemos oído? —preguntó Palagos con indiferencia.

—Kathy enloqueció y se tiró al mar. Los tiburones la han devorado.

—Ah —murmuró Palagos—. Una forma muy poco agradable do morir —comentó.

—Querido, ¿no vienes? —llamó Hope desde la cama—. Deja a ese entrometido y atiéndeme a mí...

Conroy no pudo contener una sonrisa de burla.

—Obedezca, Mike —dijo. Y añadió—: Una forma muy agradable de vivir.

Palagos se encogió de hombros.

—Se hace lo que se puede —contestó.

Y cerró de un portazo.

Conroy regresó al comedor.

—Están vivos —dijo.

—¿Qué hacen? —preguntó Janis.

El joven carraspeó. Hillary y Greta cambiaron una sonrisa.

—Pues, están...

Janis comprendió de pronto la ingenuidad de su pregunta y se puso colorada hasta las orejas.

—No se preocupe, muchacha; usted está hecha de otra clase de pasta que esos dos pájaros —dijo Hillary.

—Gracias, aunque no sé cómo pueden hacer una cosa semejante... en esta situación —respondió Janis.

—Posiblemente, es una forma de evadir la realidad de las cosas —manifestó Greta.

—Aparte de que, tal vez, Palagos ha empezado a cultivar la amistad de Hope para el futuro —añadió Hillary.

—Pero ¿habrá futuro para nosotros? —dijo la muchacha.

—No lo habrá si permanecemos mano sobre mano. Tenemos tiras de lona y debemos coser, el menos, una vela —exclamó Conroy—. Eso, suponiendo que no haya velas de repuesto en el cuarto correspondiente, cosa que voy a averiguar ahora mismo.

—Nosotros nos ocuparemos mientras tanto de reunir todos los trozos que nos sean posibles —dijo Hillary—. No se olvide de traer agujas e hilo, Muir.

El joven asintió y emprendió el descenso a la bodega, con una vela en la mano. Parado en el centro, miró a su alrededor.

¿Se había escondido Iwerson en alguna parte? ¿Viajaba con ellos desde el primer momento, como un polizón de su propio barco?

Si era así, ¿dónde se había escondido?

De repente, obedeciendo a un impulso incontenible, levantó la voz y lanzó un poderoso grito:

—Iwerson, ¿dónde está usted? ¿Por qué no sale de su agujero y da la cara como los hombres? Si tiene algún motivo de resentimiento contra los pasajeros, salga y enfréntese a ellos.

Esperó unos momentos, pero no hubo respuesta alguna. Sólo, en ocasiones, se oía el débil chapoteo de unas olas muy pequeñas al golpear contra los costados de la goleta.

Al cabo de unos minutos volvió a la cubierta y dejó en el suelo un par de agujas de buen tamaño y un rollo de cuerda fina y fuerte.

—Eso es todo lo que he encontrado —declaró.

—Pondremos manos a la obra inmediatamente —dijo Janis con resuelto acento.

* * *

Entró en la cámara del capitán y paseó la vista a su alrededor, buscando no sabía exactamente qué, pero presintiendo que quizá allí podría encontrar la solución a los problemas que les agobiaban.

Acaso daría con la forma de mover el barco y encontrar el rumbo apropiado que los llevase de nuevo a la costa, que era tanto como la salvación. Pero si Iwerson estaba a bordo, y, según todas las apariencias, dispuesto a asesinar a cuantos había invitado, dudaba mucho de que consiguieran alcanzar la tierra firme.

Incluso él mismo, y la propia Janis, corrían peligro de morir. Nunca habían tenido la menor relación con Iwerson, ni le habían conocido siquiera, pero estaban a bordo de la nave que llevaba el nombre de su difunta mujer y sabían cosas que luego podrían comprometerle a él demasiado.

De pronto, obedeciendo a un arranque repentino, se sentó anta la mesa escritorio. El libro de a bordo estaba a un lado y lo atrajo hacia sí, abriéndolo a continuación.

Todas las páginas aparecían en blanco. Era evidente que se trataba de un cuaderno de bitácora que debería haberse estrenado con aquel viaje. Pero no había capitán que pudiera anotar los terribles sucesos que se habían producido a diario en la «*Emmeline*».

Al cabo de unos momentos, agarró una pluma y empezó a escribir, tratando de redactar una narración de todos los hechos, a partir del momento en que puso los pies a bordo por primera vez.

Procuró resumir los hechos, sin formular comentarios ni redactar opiniones que podían ser controvertidas por otras personas. Lo que interesaba, se dijo, era que algún día se pudiera conocer en toda su intensidad el drama que había sido aquel viaje desde el primer día. Se esforzó por citar fechas y horas aproximadas, sin omitir ningún detalle del que tuviera conocimiento directo.

El tiempo se le pasó casi sin darse cuenta. Al terminar, se recostó en la silla y contempló con ojos ausentes las estanterías que tenía frente a sí y en las que se veían numerosos rollos de papel, que estimó debían de ser cartas marinas.

De pronto, impulsado por la curiosidad, alargó la mano y extrajo uno de aquellos rollos. Para su asombro, resulto ser un plano parcial de la «*Emmeline*».

Estudió el plano durante unos minutos. Había en él algo que llamaba su atención poderosamente, un detalle muy importante que, sin embargo, no se sentía capaz de definir. Pasados unos minutos devolvió el plano a su sitio.

La puerta se abrió en aquel momento.

—¡Muir! —exclamó Janis.

El joven se volvió.

—Disculpe —sonrió—. Estuve ocupado y perdí la noción del tiempo...

Ella tenía una mano en el pecho.

—No sabe cuánto me alegro de verle —dijo—. Le he estado buscando por todas partes, sin encontrarle, hasta que se me ocurrió mirar aquí...

—Lo siento. —Conroy agitó el cuaderno de bitácora—. He estado registrando todos los sucesos ocurridos a bordo de la «*Emmeline*», desde el momento en que puse el pie en la cubierta.

—Ah, una especie de diario de a bordo.

—Sí, aunque no tenga facultades para hacer los registros, pero de todos modos, alguien tiene que anotar los incidente1! de la navegación.

—¿Navegación? —sonrió Janis—. Estamos parados, Muir.

—Bueno, pero no por ello dejamos de encontrarnos a bordo de un buque —alegó él.

Janis hizo un movimiento afirmativo.

—Si nos ocurriese algo a nosotros, un día encontrarían ese diario y sabrían lo que ha pasado —dijo.

—Eso es lo que yo he pensado —contestó el joven—. He anotado todo lo sucedido hasta hoy. Me gustaría que firmase en la última anotación, a fin de que pueda testificar que todo lo escrito es exacto. También se lo pediré a Hillary y a Greta.

—¿Y los otros dos?

Conroy hizo una mueca

—Se lo consultaré cuando los vea... si se deciden a salir del camarote de la señora McDane.

—Aún siguen allí, Muir.

—Bueno, es su «hobby» —sonrío Conroy.

Janis le enseñó sus manos.

—Casi las tengo en carne viva —dijo—. Nunca había cosido lona.

—¿Falta mucho para completar la vela?

—Mañana por la mañana estará lista. Va a salir un foque más grande de lo normal. Lo hemos probado, extendiendo todas las tiras sobre la cubierta. Creo que servirá para que la goleta se mueva, aunque sólo sea a uno o dos nudos por hora.

—Al menos, no estaremos parados —sonrió él, a la vez que se levantaba, con el cuaderno de bitácora bajo el brazo.

* * *

Hillary terminó la lectura del libro y emitió un gruñido de aquiescencia.

—Todo está correcto —dijo, a la vez que firmaba al pie de la última anotación—. No hay ni un solo detalle que no sea rigurosamente exacto.

—Muchas gracias, señor Hillary —dijo el joven.

Greta trajo cuatro vasos altos.

—Hay cerveza, pero parece pis de caballo —sonrió—. Se acabó el hielo, así que he preparado estos whiskies, para el que quiera, naturalmente.

—No me vendrá mal un trago —sonrió Conroy.

—Greta, firma aquí, por favor —indicó Hillary.

—Sí, querido, lo que tú digas.

Ligeramente sorprendido, Conroy alzó las cejas. Hillary, con el cigarro encendido entre los dientes, le miró fijamente.

—Sí, nos casaremos en cuanto salgamos de este maldito barco —dijo.

—Les felicito —sonrió el joven.

—Si me es posible, iré a tu boda, Greta —añadió Janis.

—Gracias. —Greta se ruborizó intensamente—. La verdad es que nos queríamos mucho, pero hemos tenido que hacer este viaje, para darnos cuenta de la verdad.

—En toda pareja hay, o debe haber, algo más que la cama —dijo Hillary sin rodeos—. Greta y yo lo hemos sabido ver así y llegamos a la conclusión de que debemos regularizar nuestra situación.

—Una decisión altamente elogiable —dijo Conroy.

—Pero que Iwerson no intente hacernos el menor daño, que no toque siquiera a Greta, que no tiene la menor culpa de lo que pasó —añadió Hillary con acento en el que se disimulaba difícilmente el furor que le poseía—. Si la toca siquiera el pelo de la ropa, lo estrangularé con mis propias manos el día que lo encuentre.

—Eso quiere decir, y perdone la indiscreción, que Iwerson sí tiene motivos contra usted.

Hillary apretó las mandíbulas.

—Yo no soy culpable en absoluto de lo que le sucedió a su esposa —respondió ceñudamente—. Iwerson puede pensar lo que quiera, pero Emmeline tenía ya edad suficiente para saber lo que estaba bien y lo que estaba mal hecho. Admito que, tal vez, fui demasiado blando con ella y no corté por lo sano, pero, ¡qué diablos!, era mi negocio. Si hubiera hecho con todos los clientes como con Emmeline, sólo porque era la esposa de un poderoso magnate naviero, me habría arruinado en una semana.

—¿Le vendió drogas? —preguntó Janis.

—¡Rayos, no! —tronó el ex gangster—. Jamás me mezclé con esa clase de asuntos tan turbios. Ni consentí nunca que mis subordinados vendieran un solo gramo de «hierba» o de «nieve». Cuando sabía que alguien, contraviniendo mis órdenes, se dedicaba a vender aunque sólo fuese una ínfima cantidad de droga, lo despedía inmediatamente. No; lo que le pasó a Emmeline fue otra cosa muy distinta... pero también les sucede a muchas otras personas.

—Pérdidas en el juego —adivinó Conroy.

Hillary rezongó una afirmación.

—Es preciso ser sinceros. Las casas de juego no son entidades benéficas. Están para que el dueño gane dinero. Claro que hay jugadores que ganan, pero siempre son los menos y nunca amenazan seriamente a la casa. Emmeline jugó y jugó... y cuando se dio cuenta, debía ya un cuarto de millón.

—¿Qué pasó entonces, señor Hillary?

—Emmeline era un poco inconsciente. La culpa, debo decirlo también, era de su esposo. Le daba todos los caprichos y no dejaba de satisfacer uno de sus deseos, por absurdo que fuese. Pero había algo que Iwerson no toleraba, los gastos, que ella hacía sin consultarle previamente. Me explicaré: Emmeline podía ir a su esposo y decirle: «He visto un anillo con un diamante que pesa

medio kilo y vale millones.» Bueno, ahí lo tienes, contestaba él. Pero si compraba una libra de carne sin su permiso, se enfurecía horriblemente. ¿Lo comprende ahora?

—Esa es una forma de psicopatía —dijo Conroy—, Una especie de autosublimación del ego, el pensamiento de que nada se debe hacer sin permiso de uno mismo y el deseo de que le crean infinitamente benevolente.

—Muchacho, no me venga con historias de psicología —respondió Hillary abruptamente—. En más de una ocasión advertí a Emmeline de que no obraba bien, pero ella no me hizo el menor caso. En el fondo creo que quería demostrar jugando en mi casa, que sabía ser independiente y que podía desenvolverse sin el apoyo y la protección de su marido. Pero, claro, los cheques que ella podía firmar eran ridículos, comparados con la fortuna de su esposo y llegó un momento en que yo me vi obligado a exigir el pago de la deuda.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Janis, enormemente interesada por el relato de Hillary.

—Emmeline tuvo que confesar todo a su marido. Y, aquella misma noche desapareció de su casa, sin duda asustada por las consecuencias de lo que había hecho. Cuando apareció, estaba muerta. Asesinada... estrangulada con una cuerda alrededor del cuello.

Janis lanzó una exclamación de horror. Greta, impasible, dijo:

—Iwerson cree, sin ningún motivo, que lo que hizo Morris fue la causa de la muerte de su mujer. Era una niña malcriada, pese a que ya tenía treinta y dos años, absolutamente irresponsable y falta por completo de sentido común.

Conroy volvió los ojos hacia el ex gangster.

—Señor Hillary, si todo lo que ha dicho usted es cierto, ¿por qué aceptó la invitación para hacer este viaje, sabiendo que podía verse abocado a las represalias de Iwerson?

—Habían pasado ya tres años. Pensé que él lo habría olvidado... y, de todas maneras, quería tener una explicación franca y sincera con Iwerson. Me pareció que el viaje sería una ocasión muy apropiada y acepté, cosa de lo que me estoy arrepintiendo ahora, más que de cualquier otra cosa que haya podido hacer en el pasado.

Conroy supo que Hillary había sido sincero. Pero todavía quedaban algunos cabos por atar. Sin embargo, no pudo formular ninguna pregunta, porque Palagos apareció en aquel momento, de una manera completamente inesperada.

CAPITULO X

—Hola —saludó el jugador con aire intrascendente—. ¿Hay algo para cenar?

—El ejercicio abre el apetito, ¿eh? —exclamó Greta sarcásticamente.

—Bueno, se hace lo que se puede —respondió Palagos con indiferencia.

—Hemos terminado de cenar hace unos momentos —dijo Janis.

—La señora McDane quiere que le lleve algo de comida.

—Tendrá que preparársela usted mismo —respondió Conroy.

Palagos miró alternativamente a las dos mujeres.

—Ella podría hacerlo —señaló a Janis.

—No —respondió la muchacha fríamente.

—¿Por qué no? A fin de cuentas, es usted una sirvienta. Hope le pagana bien...

—Era sirvienta, en todo caso, de la señora Thorsten, pero no estoy obligada a rebajarme ante nadie más, sea quien sea. ¿Qué le pasa, tiene miedo de ensuciarse las manos?

—Quizá es que no sabe siquiera freír un huevo —rió Hillary.

—Eso no es lo malo, sino que ni siquiera sabe qué es una sartén —añadió Greta venenosamente.

Una vena se puso a latir furiosamente en la sien izquierda de Palagos. Antes de que el tahúr pudiera hablar, Conroy dijo:

—Hemos tenido que cenar a base de latas de conserva, señor Palagos. Todo lo más que puedo hacer es indicarle dónde están la despensa y el abrelatas. Mañana probaremos de hacer café, encendiendo un fuego de leña, en una cocina de emergencia. Pero eso es todo.

—Está bien —contestó Palagos de mal talante—. Les aseguro a todos que ella tendrá muy en cuenta su falta de colaboración.

—A otro perro con ese hueso —dijo Hillary sarcásticamente—, Conozco bien a Hope y sé que no puede cumplir lo que promete.

Palagos se puso rígido.

—¿A qué se refiere usted, señor Hillary?

—Pregúnteselo a ella —contestó el ex gangster—. Y, por favor, ya que ninguno de los dos ha querido colaborar para ver de navegar con este maldito buque, quítese inmediatamente de nuestra vista.

El jugador fue a decir algo, pero Conroy pensó que debía evitar a toda costa un incidente violento y se puso en pie.

—Venga conmigo, Mike; le acompañaré a la despensa.

—Señor Palagos —indicó el sujeto orgullosamente.

—Bueno, bueno, los títulos aquí sirven de muy poco. Ande, sígame, por favor.

Los dos hombres salieron de la cámara. Greta rió mordazmente.

—El pobre, se cree tan experimentado y se ha tragado una rueda de molino tan grande como el puente Golden Gate.

—¿A qué te refieres? —preguntó Janis, llena de curiosidad.

—Nada, no se preocupe usted, señorita —se adelantó Hillary en la respuesta—, Palagos debe averiguarlo por sí mismo.

Janis ya no quiso insistir. Aquella gente, se dijo, ocultaba muchos secretos, pese a su pretendida sinceridad. Pero, en el fondo, pensó, era cuenta de ellos y no suya.

* * *

Oyó pasos en la cubierta y se despabiló instantáneamente. Agarró un largo palo, de casi diez centímetros de grueso, y aguardó en silencio a la persona que se acercaba.

La silueta destacó claramente contra el fondo estrellado del cielo. Conroy bajó el garrote.

—Te has librado de un buen estacazo, Janis —dijo.

Ella lanzó una exclamación de miedo, a la vez que se ponía una mano en el pecho.

—Me has asustado, Muir —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—No quiero sorpresas desagradables. Tenemos una vela casi cosida y el timón puede funcionar. No me gustaría despertarme por la mañana y ver que hemos perdido el único medio que tenemos de salir de esta situación.

—¿Crees que Iwerson podría destruir ambas cosas?

—Lo único que sé es que está a bordo. Pero ignoro su escondite.

—¿Irías a verle, si lo supieras?

—Desde luego.

—Tendrá armas...

—Bueno, no soy manco. Procuraría sorprenderle.

—Y ¿qué le dirías?

—No le diría nada; simplemente, lo ataría como un salchichón y lo tendría así hasta que nos recogiese algún barco o lleguemos a tierra firme.

—Lo entregarías a la policía, naturalmente.

—Por supuesto. ¿Qué te pasa, Janis? ¿No puedes dormir?

—Me sentía completamente desvelada —respondió—. Compréndelo, son demasiados acontecimientos, demasiada violencia... Demasiada sangre, Muir.

—Sí, es cierto —admitió él.

Pensaba en la horrible muerte de Kathy Darrack, devorada por los tiburones, despedazada por aquellas mandíbulas de acero, tras haberse arrojado al agua enloquecida y recobrando el juicio en el último instante, cuando ya no tenía salvación. Se preguntó qué clase de muerte la habría destinado Iwerson, caso de que ella no se hubiese arrojado al agua.

Eran especulaciones inútiles, se dijo. Kathy estaba muerta y ya no se podía volver atrás para saber de qué otra forma hubiera debido morir.

—Muir, ¿cree que Iwerson puede atacarnos a nosotros también? —preguntó Janis de pronto.

—No me extrañaría en absoluto. Tú y yo éramos dos personas con las que no contaba al formular sus invitaciones para el viaje. Si le es posible, tratará de no dejar testigos.

—Tendríamos que hacer algo, ¿no te parece?

—No se me ocurre nada, salvo tener los ojos muy abiertos... Janis, tú eres una dama de compañía de la señora Thorsten. Me dijiste que era una mujer muy reservada, pero... ¿mencionó ella algo sobre su posible relación con Iwerson?

Janis pareció sentirse incómoda.

—Creo que no he sido del todo sincera contigo —respondió.

—Bueno, tampoco tenías por qué contarme todo lo que sabías —sonrió Conroy—, ¿Qué había entre Iwerson y la señora Thorsten?

—No lo sé con exactitud. Ella era... vidente.

—Adivinaba el porvenir, vamos.

—Sí. Además, realizaba sesiones de espiritismo... pero eso sucedió hace ya tiempo. Ahora estaba retirada y sólo actuaba en muy contadas ocasiones. No tenía muy buena salud, ¿comprendes?

—Acaso fue Iwerson a consultarle sobre su futuro —apuntó él.

—Pienso que más bien debió de ser su esposa —respondió Janis.

—¿También creía en supersticiones?

—No lo sé. La señora Thorsten no mencionó jamás sus relaciones con Emmeline Iwerson, aunque sí dijo haberla conocido. Pienso que ese conocimiento tuvo origen en alguna consulta que Emmeline hizo a la señora Thorsten, pero no podría afirmarlo rotundamente.

—De todos modos, el narcótico y los sedantes que tomaba le evitaron la venganza de Iwerson. Si es que éste tenía algo que vengar, claro.

—Quizá lo sepamos algún día, Muir.

—Sí, es posible.

Conroy se acarició la mandíbula pensativamente. Había algo que no acababa de entender, un detalle en el que apenas se había fijado hasta entonces y que, sin embargo, tenía una notable importancia.

—Por la mañana, al despertar, todos los pasajeros se encontraron solos —dijo— Bueno, sin los tripulantes...

—Tal vez eran cómplices de Iwerson —apuntó Janis.

—Uno, dos, tal vez, sí, pero no todos. Esta goleta necesitaba una tripulación de ocho o diez hombres, sin contar con los sirvientes. ¿Por qué no estaban a bordo a la mañana siguiente? ¿Cuándo abandonaron la *Emmeline*? Si sucedió antes de zarpar, ¿quién sacó a la goleta fuera del puerto hacia alta mar?

Janis sonrió.

—Demasiadas preguntas y ninguna respuesta —dijo.

—Sí —admitió Conroy—. Janis, procura descansar —recomendó.

—Trataré de dormir algunas horas —dijo ella.

—Ciérrate en el camarote con doble vuelta de llave. De todos modos, te

acompañaré...

—No, tú tienes que vigilar este lugar. Buenas noches, Muir.

—Buenas noches, Janis.

Una muchacha excelente, pensó Conroy al quedarse solo. Las circunstancias la habían forzado a aceptar un trabajo que quizá no le resultaba demasiado agradable. «Pero los hay peores y sobre todo, menos honestos», se dijo.

Encendió un cigarrillo. Al menos, Iwerson no les había suprimido los pequeños vicios. Tampoco faltaban agua ni comida y la provisión de licores y vinos era harto generosa.

De pronto, tuvo la sensación de que no estaba solo en la cubierta.

Se había tendido de nuevo sobre la lona y se incorporó sobre un codo. Aunque tenía los ojos habituados a la oscuridad, no pudo ver nada excepcional.

Pero presentía que, desde algún lugar que ignoraba, había unas pupilas que le vigilaban atentamente. Tiró el cigarrillo por encima de la borda y luego, muy despacio, rodó sobre sí mismo, sin soltar el palo.

Transcurrieron unos minutos. El silencio continuaba, denso, agobiante.

Nadie se le acercó. Pasado un buen rato, empezó a relajarse. Necesitaba dormir y cerró los ojos.

* * *

Alguien le tocó en una pierna.

—Arriba, perezoso —dijo Janis alegremente—. Hay café recién hecho, aunque tendrás que comer de lata.

Conroy se sentó, frotándose los ojos.

—He debido de quedarme dormido —se disculpó—. Estaré en el comedor antes de cinco minutos.

Palagos y Hope no dieron señales de vida y ellos no se preocuparon de una pareja que, por las apariencias, prefería desenvolverse independientemente. Terminado el desayuno, volvieron a cubierta y se aplicaron a terminar la costura de las tiras de lona.

Una hora más tarde, pudieron sujetar los puños del foque a las drizas correspondientes y a las escotas. Conroy procuró que el cordaje estuviera a la máxima tensión. Cuando terminaron de izar la vela, se quedaron silenciosos un momento.

Pasados unos segundos, el foque adquirió cierta hinchazón. El trinquete crujió levemente.

Janis de inclinó sobre la borda, cerca de la proa, y observó un ligero movimiento de las aguas.

—¡Nos movemos! ¡El barco navega! —gritó alborozadamente.

El foque improvisado aleteó un poco. Luego tomó viento y empezó a henchirse.

—Será cosa de ir al timón —dijo Hillary.

—Espere —aconsejó Conroy—. Ahora nos movemos más lentamente que una persona al paso. Es preciso aguardar a que el barco tenga cierto impulso, a fin de conseguir que la acción del timón resulte efectiva.

—Está bien. Pero ¿cómo nos orientaremos?

Conroy señaló hacia el sol, que ya se hallaba a cierta altura hacia el horizonte.

—Por el día, tendremos el sol; por la noche, la estrella Polar...

—Muir, ¿qué me dices de la brújula y demás instrumentos de navegación? —preguntó Janis.

Conroy meneó la cabeza.

—No he querido decirlo hasta ahora, pero Iwerson no descuidó ese punto —repuso.

Hillary lanzó una amarga carcajada.

—Le habría gustado poder ocultar el sol y las estrellas, para impedir que nos orientemos —dijo mordazmente. Golpeó la cubierta con el pie—. Está aquí y cuando asome su asquerosa cara, me tendrá que oír —agregó con furia.

—Creo que tendríamos que informar a Palagos y a la señora McDane —propuso Janis de pronto—. Parecen haberse independizado de nosotros, pero, al menos, no quiero que un día puedan llamarme descortés.

—Iré yo —se ofreció Greta—, Tú podrías ver algo... inconveniente y no estás acostumbrada.

Janis se sonrojó. Conroy se asomó fuera de la borda y pudo apreciar la acción de la roda al hender el agua, aunque con una lentitud que le pareció excesiva. Sin embargo, y aunque sólo navegasen a un nudo o dos por hora, era mucho peor permanecer quietos, a merced de las corrientes y, tal vez, de alguna tormenta inesperada, cuyos efectos podrían resultar desastrosos para el barco.

Al cabo de unos momentos se incorporó.

—Señor Hillary, ya puede ir al timón —dijo—. Para virar a la izquierda, esto es, a babor, tendrá que mover la caña en sentido contrario.

—Muy bien, muchacho, así lo haré.

Hillary se alejó. Conroy quedó en el mismo sitio, en actitud expectante. Cuando el barco iniciaba la virada, tendría que aflojar una de las escotas y tensar la otra, para orientar la vela adecuadamente.

Pero no tuvo tiempo de ejecutar ninguna maniobra. Greta apareció de pronto, con la cara desencajada y los ojos llenos de un horror infinito.

—E...están muertos... Los dos... Palagos y Hope McDane...

Greta emitió un hondo gemido y luego se desplomó sobre la cubierta, sin conocimiento.

CAPITULO XI

Conroy inspiró profundamente antes de entrar en el camarote.

Había sangre por todas partes. Hope yacía en el suelo, completamente desnuda, con varias cuchilladas en el pecho y en el vientre. Posiblemente, pensó Conroy, no eran heridas mortales, pero el corte que se apreciaba en su garganta había resultado definitivo.

El camarote aparecía completamente revuelto, con evidentes señales de una lucha que se había desarrollado con horrenda ferocidad. Palagos, también desnudo, estaba sentado en un rincón, con la espalda apoyada en la unión de los dos mamparos y una mano en el vientre.

La mano había resbalado desde el pecho, donde se apreciaba un orificio de bala. La otra mano se apoyaba en el suelo y al lado se veía un cuchillo todavía manchado de sangre.

Conroy oyó pasos a su espalda y se volvió rápidamente.

—No te asomes —ordenó.

Tiró del pomo y cerró la puerta.

—Luego los lanzaremos al mar —añadió.

—Está aquí, el está aquí —dijo Janis, aterrada.

—Sí, lo tenemos a bordo —convino él sombríamente—. Y lo peor de todo es que no sabemos dónde se encuentra. Está en alguna parte, como una araña mortífera, agazapado, esperando el momento propicio para salir y atacar a su presa, y retirarse luego a su guarida.

—¿No habría forma de hacerle salir de su escondite?

—Sólo hay una, pero, por desgracia, no podemos ponerla en práctica. Si pegásemos fuego al barco, tendría que intentar salvarse, pero ¿cómo hacerlo, si carecemos de botes salvavidas?

—¿Qué le parecería si construyésemos una balsa, muchacho? —exclamó Hillary de pronto—. Hay madera en abundancia y entonces, sí, con una balsa, daríamos fuego a este barco de la muerte y él no podría salvarse.

—Si quiere, empezamos a trabajar —respondió Conroy—. Pero será cosa de varios días y en ese espacio de tiempo pueden pasar muchas cosas.

—¿Acaso es mejor cruzarnos de brazos y esperar a que ese asesino venga a degollarnos?

Conroy se pasó una mano por la frente.

—Ya no sé qué pensar, señor Hillary —respondió. De pronto, echó en falta a alguien—: ¿Dónde está Greta? —exclamó.

—En su camarote. No se preocupe, se encuentra perfectamente, aunque muy afectada por lo que ha visto...

—¡No la deje sola! —gritó el joven.

Hillary le miró un instante y luego, sacando el revólver, echó a correr hacia una puerta situada casi al fondo, que abrió de golpe. Inmediatamente, lanzó un suspiro de alivio.

—No le ha pasado nada —dijo—. Está descansando, eso es todo.

Hillary regresó junto a la pareja y, tras unos segundos de indecisión, abrió la puerta del camarote. Respingó al ver aquel horrible espectáculo, pero se mantuvo firme, contemplando todos los detalles con ojos perspicaces.

—Disputaron y ella le pegó un tiro, pero él sobrevivió lo suficiente para acribillarla a puñaladas —dijo Conroy.

—Es posible que discutiesen, y más si él se había enterado de que Hope tenía tanto de millonada como yo de cowboy —respondió Hillary—, Pero ni Hope mató a Palagos ni éste la acuchilló después de ser herido.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Janis, asombrada.

—Mujer, el camarote está terriblemente revuelto, con señales de lucha por todas partes. Si hubo una pelea entre los dos, tuvo que ser muy violenta y habríamos oído gritos y ruidos de muebles volcados. Además, se disparó un tiro y no aparece el arma. ¿Cómo no escuchamos la detonación?

Conroy frunció el ceño y volvió a asomarse al interior del camarote.

—Puede que Iwerson tenga una pistola con silenciador —dijo—. Mató primero a Palagos y luego destrozó a Hope salvajemente. Después, procuró volcar muebles y desordenar todo, pero sin hacer el menor ruido, a fin de preparar un escenario que pudiera engañarnos sobre lo ocurrido.

—Así sucedió, muchacho —confirmó Hillary—. Fíjese en las botellas y los vasos. Están por el suelo, pero no hay ni un solo vidrio roto, porque, de lo contrario, se había producido algo de ruido.

—Y ella ¿no vio nada? ¿No tuvo tiempo de pedir auxilio?

—Si los sorprendió en el sueño, cuando se enteró, era ya demasiado tarde. Palagos había recibido el balazo mientras Hope dormía. Luego él taparía su boca con una mano...

Janis se estremeció.

—¿Es posible que la sed de venganza lleve a una persona a cometer crímenes tan espantosos? —exclamó.

—Iwerson no está bien de la cabeza. Debió de perder el juicio cuando murió Emmeline y ha ido madurando su venganza durante todos estos años, adormeciendo a los que él cree culpables de la muerte de su esposa, hasta que, al fin, consiguió reunirnos a todos en este maldito barco.

Conroy cerró el camarote.

—Bien —dijo—, es probable que sea como usted ha explicado, señor Hillary, pero no por ello vamos a dejar de hacer algo. Creo que deberíamos volver a cubierta, para fijar un rumbo, trincar la caña del timón y luego dedicarnos a la búsqueda de ese asesino.

Hillary blandió su revólver.

—Como me lo eche a la cara, no va a tener tiempo de decir «hola» —exclamó amenazadoramente.

Greta apareció en la puerta del camarote. Janis se fue hacia ella.

—¿Te encuentras mejor?

La rubia asintió.

—Me llevé una impresión espantosa...

—Volvamos a cubierta —se acercó Hillary.

Lentamente, se encaminaron hacia la escotilla. Fuera lucía un sol radiante y soplaba una ligera brisa, que Conroy estimó resultaría beneficiosa para mover el barco. Instintivamente, lanzó una mirada hacia la proa y entonces vio algo que le dejó estupefacto.

—¡El foque! —gritó—, ¡Ha desaparecido!

* * *

Janis entró en la cámara del capitán, con una bandeja en las manos y la puso en un lado de la mesa escritorio.

—Tienes que comer algo, Muir —dijo.

El joven sonrió.

—No tengo demasiado apetito, pero comeré un bocadillo —respondió.

—¿Qué has estado haciendo tanto rato, Muir?

—Primero, he anotado lo sucedido en el diario de a bordo. Luego me he sumido en el examen de los planos de la goleta.

—¿Crees que puedes conseguir algo?

—Al menos, lo intentaré. Es evidente que Iwerson está escondido en alguna parte. Más todavía: yo diría que incluso tiene preparado un medio de salvamento, para cuando haya liquidado a todos los que estamos a bordo.

—Puede navegar en su propio barco...

—¿Sin velas, con un timón de fortuna, sin brújula ni instrumentos de navegación? No es tan tonto como para cometer una imprudencia semejante. Lo más probable es que, hasta haya previsto el hundimiento de la «*Emmeline*» para así borrar todo rastro de sus crímenes.

—Muir, supongamos que hace todo lo que has dicho. ¿Cómo se justificaría luego ante las autoridades?

—Pues... si tiene algún bote escondido, hinchable, supongo, puede decir que el barco naufragó y que él saltó al bote con algunos otros pasajeros, pero que éstos murieron de hambre y sed, y que los demás, embarcados en otros botes pudieron perecer, porque se separaron en el océano y ya no volvió a saber nada más de ellos. Se le creería, porque no habría nadie que pudiera contradecirle. Pero también, puesto que parece ha madurado su venganza durante largo tiempo, es posible que se dirija a otro país, tras haber situado allí fondos suficientes como para no tener dificultades económicas el resto de sus días. Con dinero en abundancia, taparía algunas bocas, cambiaría de nombre...

—No está mal pensado, aunque me gustaría que él nos lo confirmase — dijo la muchacha.

—Yo preferiría no verle. Pero, si puedo, le gastaré una buena jugarreta.

—¿Sí, Muir? —sonrió Janis.

—Si encuentro su escondite y su bote salvavidas, se lo quitaré. Y que venga a buscarlo.

—Está armado.

—Lo sé, pero hasta ahora, está acostumbrado a actuar por sorpresa, sin que los demás hayamos reaccionado. Veremos qué pasa cuando es él quien se lleva una sorpresa.

—Eso está muy bien pensado, pero hace falta que encontremos su escondite —alegó Janis.

El índice de Conroy golpeó el plano que había extendido sobre la mesa.

—Está en una buena pista para encontrar ese agujero —contestó.

—¿Cuándo vas a empezar a buscarlo, Muir?

El joven se apoderó de uno de los bocadillos que había en la bandeja.

—En cuanto termine de cenar —respondió.

* * *

Al preparar la cena, Janis se había cortado ligeramente en el borde de una mano. No sangraba apenas, pero prefirió cubrir el ligero rasguño y fue en busca del botiquín. Al abrir el armario donde estaban los medicamentos y elementos de cura, vio dos botellas de vidrio, llenas de un líquido completamente transparente.

Destapó una de ellas y olfateó su contenido. Pensativamente, volvió a taparla y luego buscó cinta adhesiva. Después de cubrir la pequeña herida, abandonó el camarote.

De pronto, vio a Conroy que le hacía señales con una mano.

—Ven —siseó el joven.

Janis echó a correr.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Sígueme y lo sabrás.

Descendieron a la bodega. Ella se sentía profundamente intrigada. Cuando llegaron abajo, vio un hueco en el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Conroy sonreía satisfecho.

—Te dije que los planos me permitirían encontrar el escondite de Iwerson. Así ha sido —respondió—. Estamos en la sobrequilla y él tenía su guarida en la quilla de pantoque. He visto un bote hinchable, alimentos, agua, mantas y hasta pistolas de señales y no falta siquiera una brújula. ¿Qué te parece?

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó Janis, atónita.

Conroy señaló un enorme cajón de embalaje que había a un lado.

—Está vacío y uno de los costados es practicable. Pero no tiene fondo y su contorno es ligeramente superior a la de la escotilla de este suelo. Así, Iwerson podía entrar y salir fácilmente, sin que nadie se diese cuenta. Además, hay lámparas eléctricas y abundancia de pilas de repuesto.

La quilla de pantoque estaba a cosa de metro y medio de la sobrequilla. Además, había una pequeña escalera de peldaños de madera. Conroy descendió al fondo y sacó dos linternas de grandes dimensiones.

—Se acabaron las velas —exclamó jovialmente.

—¿Qué hacemos ahora, Muir? —preguntó Janis.

—Lo primero de todo, vamos a subir el bote hinchable a la cubierta. Después trasladaremos los víveres, el agua y lo que nos haga falta... —Bruscamente, Conroy lanzó una exclamación—: Fíjate, el tío no descuidaba detalle.

Janis, inclinada sobre el hueco, le vio apartar una lona y dejar al descubierto un motor fuera borda y varias latas de combustible.

—Lo menos hay cien litros, suficientes para llegar hasta la costa —dijo él, satisfecho—. Empezaremos inmediatamente, Janis.

—Bueno, si hay linternas y pistolas de señales... Yo había encontrado alcohol y pensaba empapar algodones y encenderlos, para hacer señales...

—En todo caso, nos lo llevaremos como un posible repuesto.

Inmediatamente, empezaron a trasladar cosas a la cubierta. Cuando habían hecho ya un par de viajes, Janis miró a Conroy.

—Muir, ¿ no crees que deberíamos decírselo a Hillary y a Greta?

El joven asintió.

—Es verdad —dijo—. Me había puesto tan contento, que casi llegué a olvidarme de ellos... ¡Señor Hillary! ¡Greta!

Nadie le contestó. Conroy se puso ambas manos a los lados de la boca, para hacer bocina, pero tampoco obtuvo respuesta.

—No es posible que no nos oigan —dijo la muchacha—. Aunque estuvieran bajo cubierta...

Conroy empezó a sentirse terriblemente aprensivo. La cubierta se hallaba completamente a oscuras, salvo el sector en que ellos se encontraban, iluminado por las linternas. Por un instante, Conroy sintió la tentación de lanzar el bote neumático al agua y marcharse con Janis, pero le contuvo la idea de que sin agua ni provisiones, podían sufrir una espantosa agonía.

Ella lanzó un gemido.

—¿Dónde están, Muir?

Conroy se inclinó y agarró un palo.

—No lo sé. En varias ocasiones, he tenido la sensación de que alguien me espiaba. Ahora, quizá, Iwerson nos vigila...

De pronto, echó a andar hacia la proa, con la linterna en una mano y el garrote en la otra. Janis se le pegó literalmente, llena de pánico.

De pronto, cuando habían avanzado unos metros, Conroy divisó algo que brillaba siniestramente al ser herido por los rayos de luz de la linterna. Janis vio también aquellas espantosas manchas de sangre y sintió un escalofrío.

Conroy trató de hacer deducciones. Había un rastro de sangre, ancho, irregular, que se dirigía hacia la borda. Dos personas, calculó, habían muerto y arrastradas después y sus cadáveres lanzados al mar.

A pesar de sus amenazas, a pesar de sus bravatas, Hillary había sido sorprendido y atacado, junto con su amante. Conroy comprendió perfectamente el argumento del ex gangster: Iwerson tenía una pistola con

silenciador. Ello explicaba que no hubieran oído ruido de disparos.

Pero había también otro rastro de sangre, menos intenso, un irregular reguero de gotas de diversos tamaños que, sin embargo, seguían un trazado mucho más definido, casi en ángulo recto con el de anteriores rastros. Pasmado de asombro, Conroy vio que el reguero de sangre terminaba en la base del palo mayor.

De pronto, Janis lanzó un agudísimo chillido, a la vez que señalaba con la mano algo que se veía en el mástil, a cosa de metro y medio de la cubierta.

Conroy vio la marca dejada por la mano ensangrentada, una huella siniestra, terrorífica, pero, paradójicamente, se sintió más tranquilo, porque empezaba a comprender la forma de actuar del asesino.

CAPITULO XII

Una ligera brisa les dio en el rostro, Conroy percibió olor a humedad y notó cierta frescura. Por el momento, sin embargo, no prestó demasiada atención al detalle.

—Janis, vamos a ver si subimos el resto de los víveres y las provisiones —dijo.

—El estará escondido en alguna parte... —temió la muchacha.

—Sí, y yo sé dónde debe de estar. Pero no podemos quedarnos quietos, esperando a que salga. ¡Vamos, aprisa!

Durante unos minutos, se dedicaron frenéticamente a subir a la cubierta cuantos elementos podían necesitar para trasladarse al bote neumático y disponer así de las máximas posibilidades de supervivencia. Conroy notó que se intensificaba la baja de temperatura. El aire era cada vez más fresco.

—Me parece que se nos va a echar encima un banco de niebla —dio.

—¿Tú crees? —preguntó Janis.

—Lo noto en el ambiente. Pero si podemos largarnos de aquí, no tendremos problemas para aguardar a que la niebla se disipe. Mañana, con buen tiempo, gobernaremos hacia el Este... y tenemos pistolas de señales.

—Voy a buscar los frascos de alcohol y el algodón, por si los necesitamos también —dijo la muchacha.

Conroy hizo todavía un par de viajes más a la quilla de pantoque. Cuando terminaba, apareció Janis, muy pálida, con los frascos en las manos.

—Iwerson ha estado en el botiquín —informó.

—Me lo figuraba. Está herido.

—No comprendo... Si Hillary tenía un revólver y lo disparó, tuvimos que oír la detonación...

—Eso no me preocupa ahora. Janis, ya no podemos perder un minuto más. ¡Mira!

Ella volvió los ojos hacia el lugar que Conroy le señalaba con la mano y contempló la espesa barrera grisácea que se le echaba encima con enorme rapidez. El joven decidió no perder más tiempo y lanzó el bote neumático por encima de la borda.

La embarcación se hinchó automáticamente. Conroy la sujetó a la borda con un par de amarras y luego, por medio de cuerdas, empezó a descolgar cajas de alimentos y demás objetos que pensaban llevarse.

El motor fue bajado también y Conroy descendió al bote para sujetarlo a la popa. Luego volvió al barco y bajó las latas de combustible.

—He olvidado una cosa —dijo—. Voy a buscar el cuaderno de bitácora...

De repente, se interrumpió.

Las uñas de Janis acababan de clavarse en su brazo. Miró a la muchacha y vio que tenía los ojos fijos en un punto situado a pocos pasos de distancia. Conroy enfocó hacia allí su linterna y entonces vio algo que le dejó estupefacto.

En la base del mástil, que era metálico, hueco, se abrió de pronto una puerta muy angosta, de unos dos metros escasos de altura, suficiente, sin embargo, para permitir el paso de una persona, siempre que no fuese muy voluminosa. Las dos linternas iluminaron la figura del hombre que salía a la cubierta, con una pistola en la mano y, aunque no le habían visto nunca, tanto Conroy como la muchacha supieron inmediatamente que era Iwerson.

* * *

La mano izquierda del sujeto se oprimía contra el costado del mismo lado. Conroy vio sangre entre sus dedos.

Janis se apretó contra el joven instintivamente. Iwerson les dirigió una mirada en la que no había amabilidad precisamente.

—¿Piensa matamos? —preguntó Conroy.

Estaban a unos tres o cuatro pasos de distancia y empezó a calcular sus posibilidades de saltar hacia Iwerson y arrebatarle el arma. Conroy se dio cuenta también de que Iwerson no parecía demasiado seguro de sí mismo, sin duda debido a la herida del costado.

—No puedo... permitir que repitan a nadie lo que ha pasado a bordo de la *Emmeline* —dijo Iwerson al cabo.

—Bueno, cuando un hombre ejecuta su venganza, sobre todo, después de haberla madurado durante tanto tiempo, yo diría que no teme a las consecuencias. ¿Qué le hemos hecho nosotros? ¿Acaso tenemos alguna culpa de lo que le sucedió a su esposa?

La mano de Iwerson tembló perceptiblemente.

—Esos... bastardos... Todos... todos ellos eran cúlpales de la muerte de mi mujer... —dijo lastimeramente.

—¿También la señora Thorsten? —preguntó Janis—, Era una persona de todas prendas...

—Engañaba a mi esposa, dándole números a los que debía apostar para ganar en el juego... Decía que había visto las jugadas en sueños, pero no acertó una sola... Su maldito corazón me jugó una mala pasada...

—Escapó a su venganza, ¿eh? —dijo Conroy—. Bueno, ¿qué le hizo Dellie Dowin?

—Era el «gancho» de Palagos. También ellos dos se aprovecharon de la ingenuidad de Emmeline y le sacaron mucho dinero... Dellie y Palagos, los dos despreciables, ruines...

—¿Qué tenía usted contra Fitzman y Hope McDane?

—Fitzman y Hope McDane... y los Darrack... Todos ellos vanos, presuntuosos, llenos de orgullo y rebosantes de fantasías... pero sin un centavo, a pesar de lo ostentoso de su vida... Secuestraron a Emmeline... para pedirme un enorme rescate.... Les di el dinero, pero como ella podía identificarles, la estrangularon...

Conroy recordó en aquel instante el ruido que había causado el asesinato

de Emmeline Iwerson. Pero había algo que no acababa de entender.

—Todos ellos sabían, o debían saber, que usted tenía motivos de resentimiento en su contra. ¿Por qué, pues, aceptaron su invitación para este crucero?

Iwerson hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Creían que yo no sabía nada... Vinieron a bordo, pensando en que acabarían sacándome dinero... Oh, una invitación de Iwerson no es cosa de desdeñar, ¿comprenden? Por eso aceptaron, sin saber que, durante años, yo me había gastado centenares de miles de dólares en una investigación a fondo, realizada por los mejores detectives y sin reparar en gastos. Así llegué a saber hasta el menor detalle de cada uno de mis invitados... Gentes vanas, estúpidas, sin seso; ansiosas únicamente de conseguir dinero a toda costa...

—Lo que no entiendo es cómo convenció a la tripulación para que abandonara el barco. Eso podían hacerlo algunos marineros, pero no el capitán...

—El capitán era yo y ordené a los tripulantes que se marchasen. Estaban convencidos de que mis invitados varones eran expertos marinos, que me ayudarían a la maniobra del barco, así que, en cuanto todos ustedes cenaron y luego se echaron a dormir, la tripulación dejó el barco y yo lo hice salir de puerto con el motor auxiliar.

—Sin duda, ha debido de pasar infinidad de horas preparándolo todo, ¿no es cierto? El combustible escaso, las velas que desaparecieron, los instrumentos de navegación, el timón averiado... Ha debido de disfrutar enormemente con el pánico de los pasajeros, ¿no es cierto? ¿Era lo que pretendía al invitarlos a este viaje? ¿Quería gozarse con su miedo antes de asesinarlos?

—Merecían mil muertes... —dijo Iwerson rabiosamente.

Janis comprendió que aquel hombre había enloquecido de una forma absoluta. Lo tenía todo: riqueza., posición social, reputación financiera... y había echado absolutamente todo por la borda, con tal de satisfacer sus ansias de venganza.

—Está herido —dijo la muchacha de pronto.

—Sí. Sorprendí a Hillary y a su fulana. Ella murió en el acto, pero Hillary se arrojó sobre mí y forcejeamos, aunque él ya estaba herido. El arma se disparó contra mi costado. Hillary murió casi en el acto.

—Los arrojó por la borda —murmuró Conroy pensativamente—, Hillary, con todos sus defectos, era un buen hombre. Vino aquí a tener una explicación franca con usted. No negaba su parte de culpa, pero tampoco se sentía absolutamente responsable de lo que hacía una mujer, a la cual su esposo apenas si dejaba respirar. Usted también tuvo gran parte de culpa, por demasiado absorbente. Emmeline sólo quería sentirse un poco más libre...

—¡Cállese! —gritó Iwerson furiosamente.

—No me callaré —respondió el joven con serenidad—. Lo que ha hecho con Hillary y Greta Hasse es un asesinato tan repugnante como el que otros

cometieron con su esposa. Ellos no tuvieron nada que ver con la muerte de Emmeline...

—Le robaron, la impulsaron a la desesperación... Porque el secuestro fue ideado por la propia Emmeline, a fin de conseguir dinero con el que pagar sus deudas, pero cuando yo hube pagado el rescate, esos canallas la asesinaron...

—¿También Greta? —preguntó Janis.

—Era croupier en una de las mesas de juego de Hillary. ¿No sabían ustedes que la mayoría de croupiers son chicas muy hermosas?

—No frecuentamos esa clase de locales —dijo la muchacha.

—Y, claro, usted piensa que Greta hacía trampas para beneficio de la casa —dijo Conroy.

—Las hacía. Mis detectives me lo confirmaron.

—Muy bien. Ha ejecutado su venganza y ahora nos tiene a su disposición. A nosotros, que somos absolutamente inocentes de lo que le sucedió a su esposa. Pero esto, tarde o temprano, se sabrá y... ¿cómo piensa eludir la acción de la justicia?

Iwerson calló un momento. La niebla les había envuelto hacía rato, pero la distancia era muy corta y podían verle perfectamente. Conroy empezó a pensar en la forma mejor de saltar hacia él y quitarle el arma.

—A una hora determinada... llegará un hidroavión... —jadeó Iwerson—. El piloto es buen amigo mío... Me llevará a un país donde nadie me encontrará jamás...

Las rodillas de Iwerson se doblaron bruscamente y el sujeto cayó de bruces al suelo. Conroy dio un salto hacia adelante, se apoderó de la pistola y la lanzó al mar.

—¿Ha muerto? —preguntó Janis.

—Seguramente. Voy a buscar el cuaderno de bitácora. Baja al bote y espérame; regresaré muy pronto.

En aquel instante, se oyó a gran distancia el ronco sonido de una sirena.

—¡Muir, un barco! —gritó Janis.

Conroy volvió la cabeza en la dirección de donde procedía el sonido.

—Sí, hace sonar la sirena porque está en medio del banco de niebla —contestó.

—Podríamos esperarle a bordo...

—No —contradijo él rotundamente—. Si Iwerson espera la llegada de un avión, es porque, seguramente, ha dispuesto cargas explosivas en alguna parte, para hacer desaparecer el barco. No quiero saltar por los aires, ¿comprendes?

Janis asintió y corrió hacia la escala, para descender al bote. Conroy llegó apenas un minuto después. Soltó la amarra y puso el motor en funcionamiento. El bote se separó inmediatamente del costado de la *Emmeline*.

La sirena del barco se oyó más cerca.

—¡Viene en esta dirección! —gritó Conroy—. Lanzaremos señales

luminosas... Ven a guiar la barca, Janis.

Ella obedeció. El bote navegaba velozmente, apartándose con toda rapidez de la goleta. Conroy preparó la pistola de señales.

Los sirenazos sonaban cada vez más próximos. Repentinamente, la niebla se disipó, como barrida por una mano gigantesca.

La enorme mole del barco se hizo visible a menos de cien metros de distancia. Conroy y Janis pudieron ver sus luces. El joven se sintió abrumado al contemplar las colosales dimensiones de aquel leviatán de los mares.

Era un petrolero de, al menos, trescientas mil toneladas. Navegaba a dieciocho nudos y sus vigías se dieron cuenta de la presencia de otro barco en su rumbo.

El petrolero no podía detenerse ya. En realidad, se dijo Conroy, cuando quisiera pararse del todo, habría recorrido antes una docena de millas o más. Janis, con mano temblorosa, señaló la *Emmeline* que se hallaba justamente atravesada ante la proa del colosal tanque.

En aquel instante, sucedió algo increíble.

A bordo de la *Emmeline* se encendieron algunas luces. Conroy comprendió que Iwerson había dispuesto siempre de una iluminación de emergencia. No estaba muerto, como creían.

Iwerson se hizo visible en la borda de babor, haciendo señales desesperadas al monstruo que se le arrojaba encima. El aspecto del asesino, cubierto de sangre, era horripilante.

A bordo del petrolero se oyeron timbres de alarma y gritos de advertencia. Pero ya no había forma humana de desviar el rumbo de aquella gigantesca nave.

El joven se olvidó incluso de la pistola de señales que tenía en la mano. La poderosa onda de cabeza del petrolero se acercó vertiginosamente a la *Emmeline*.

La goleta empezó a inclinarse hacia estribor. En el último instante, Iwerson alzó los brazos, en un ademán de desesperada impotencia. Luego, la proa del petrolero chocó contra el costado de la *Emmeline* y la partió en dos como si fuese un frágil esquife. El barco, al confirmar inexorablemente su trayectoria, desintegró literalmente a la *Emmeline*.

Iwerson desapareció entre los remolinos, causados por la colisión, en medio de una nube de astillas. Conroy supo que no podría sobrevivir. Aunque cayera al agua vivo, las corrientes lo arrastrarían indefectiblemente hacia las hélices.

De pronto, recordó que tenía en la mano la pistola de señales. Alzó el brazo y la luz roja de petición de socorro brilló a los pocos instantes en las alturas.

* * *

El capitán McMasters entró en el salón, donde unos tripulantes atendían a

los náufragos rescatados hacía poco. —Siento lo que les ha ocurrido —manifestó—. Soy el capitán McMasters y me alegraré infinito de poder ayudarles en cuanto sea necesario.

—Me llamo Muir Conroy —respondió el joven—. Ella es la señorita Janis Ward. Encantados y agradecidos, capitán.

McMasters frunció el ceño.

—Conroy... investigador especial de la «Seven Seas Insurance», si no me equivoco.

El joven asintió.

—Así es, capitán.

—¿Qué hacía a bordo de ese barco? ¿Sospechaba acaso algo turbio?

—Verá, capitán, yo viajaba en el Port of Moon, como supuesto polizón, porque sospechábamos de su capitán. Jarrick Studder era un desaprensivo, al que ya se le habían hundido un par de barcos. El Port of Moon también se hundió, pero, según creo, esta vez no tuvo suerte. Alguien lo quitó de en medio, con toda la tripulación...

—Hemos escuchado la radio. No hay supervivientes del Port of Moon —dijo McMasters.

—Yo soy el único superviviente del barco, capitán —respondió Conroy—. Y la señorita Ward y yo somos los únicos supervivientes de la *Emmeline*.

—Es curioso. Hacía días que no se tenían noticias de la *Emmeline*. No esperaba encontrármela por estos parajes, aunque supongo que las corrientes la habrán hecho derivar cientos de millas. ¿Qué sucedió, señor Conroy? ¿Podría relatarme lo ocurrido, a fin de incluir un extracto en mi informe sobre el accidente?

—Con mucho gusto, capitán. Pero permítame decirle antes que sería conveniente avisar a alguien de la próxima llegada de un hidroavión a estas aguas. El piloto tendrá muchas cosas que decir sobre la pérdida de la *Emmeline*.

McMasters arqueó las cejas.

—No entiendo muy bien, pero ordenaré que se transmita ese aviso —respondió—. Sin duda, tendrán muchas cosas que contar los dos, ¿no es así?

Conroy guardó silencio unos instantes. Recordó los días pasados a bordo de una goleta infernal, en la que el pánico había sido la nota absolutamente predominante y en donde un loco ávido de sangre había ido cometiendo crímenes sin cesar, pensando luego en escapar a la acción de la justicia, pero sin alcanzar a prever un final apocalíptico, absolutamente inesperado.

Miró a Janis. Ella le sonrió dulcemente.

Ambos habían atravesado juntos situaciones críticas, momentos de miedo insuperables; habían estado a punto de perder la vida, salvándose en el último instante... No, nunca olvidarían aquel funesto viaje por mar. Los trágicos sucesos de que habían sido testigos les unirían sin duda en el futuro.

Tendió la mano hacia la muchacha. Janis le entregó la suya.

Luego, Conroy se encaró con el capitán McMasters y dijo:

—En efecto, capitán; tenemos muchas cosas que contar.

FIN